



BOLSILIBROS  
EASA

# TERROR

Jeff  
Lassiter

## LAS RAICES DEL MIEDO





**TERROR**

---



**EDITORIAL ANDINA, S. A.**

---

© JEFF LASSITER

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N. 84-06-02920-X

Depósito legal: M. 10.764 - 1981

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

---

# **LAS RAICES DEL MIEDO**

Jeff Lassiter

**TERROR**

---

**Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.**

# Capítulo 1

P

ARADO en la plaza bajo el tórrido sol, Duarte de Almeida paseó la mirada alrededor. Había visto muchas aldeas interiores de su gran país; esta era como cualquiera, sin nada especial que la diferenciara. Ahora mismo las mujeres y los niños le miraban repletos de curiosidad, sin acercársele, también algunos viejos y algún que otro hombre maduro. Sin duda no debían tener muchos visitantes forasteros.

Tomando sus valijas avanzó pesadamente hacia la cantina, cuya muestra pintada en rojo chillón destacaba sobre la pared encalada y penetró a través de una cortina de bejucos secos atravesados con alambres en el cálido y oloroso interior.

Dejó las valijas en tierra y avanzó al mostrador, saludó al tabernero y le pidió una copa de caña. Cuando se la servía comentó que hacía calor, espantándose de paso las moscas pegajosas y desagradables. El tabernero le contestó que era un buen día para lo usual, y luego le preguntó qué se le ofrecía.

—Necesito llegar a Aguas Brancas. Quisiera saber si hay algún medio.

Cambió de golpe la actitud del hombre. También los clientes se quedaron como congelados en sus expresiones. De repente pareció como si el aire se enfriara allí dentro.

—No hay ninguno.

—Ha de haber alguna ruta, siquiera una senda. Esa gente de allí arriba debe comunicarse de algún modo con el exterior.

—Ya le he dicho que no hay ningún camino. Me debe veinte centavos.

—Póngame otra copa. Mire, soy periodista, quiero hacer un reportaje sobre la gente de la montaña, creo que merece la pena...

Sabía ser persuasivo y normalmente la gente acababa influenciada por su persuasividad, pero aquí pareció tropezar con un muro de granito. Gastó saliva en balde, se cansó, se irritó y no logró nada, ni tan siquiera la menor información. Harto, al fin, pagó su gasto, exigiendo las vueltas, tomó sus valijas y se dispuso a abandonar la taberna. Antes hizo una última intentona.

—Pagaré veinticinco cruzeiros por cualquier información.

Para aquella gente del interior era una cantidad interesante, tal vez

la codicia superara al miedo. Porque era el miedo lo que volvía mudos a los taberneros y a los demás.

Había otra taberna en la plaza y allí se repitió la escena, solo que ahora Duarte ya no se molestó en insistir mucho. Atravesando la plaza fue a sentarse al pie del corpulento árbol que crecía extendiendo sus ramas en todas direcciones y donde unos escuálidos animales de carga se espantaban las moscas melancólicamente, encendió un cigarrillo y esperó, rumiando sus nada gratos pensamientos.

Le había costado dos meses y muchos esfuerzos, no poco dinero, algunos peligros, el poder reunir todos los datos acerca del misterioso pueblo de Aguas Brancas que ahora poseía. No iba a quedarse clavado allí, en las mismísimas puertas del misterio, por culpa de unos malditos campesinos asustados y supersticiosos. Si no quedaba otro remedio retornaría a Lajes, alquilaría un vehículo y ya se las arreglaría como pudiera para subir a la montaña.

Estuvo cosa de una hora rumiando pensamientos y aguardando. Luego alguien se le acercó.

Era un campesino de edad indefinida, un mestizo, tan astroso como los demás, con la misma mirada inexpresiva y el mismo rostro como tallado en madera vieja. Su portugués incluso resultaba deficiente, a todas luces no tenía costumbre de usarlo.

—¿Por qué quiere ir a Aguas Brancas el señor?

—Soy periodista, amigo. Quiero escribir acerca de aquella gente.

El mestizo meneó la cabeza.

—Aquella gente no quiere que nadie se ocupe de ellos, señor. Y podrían hacerle daño, mucho daño.

—¿Tú cómo lo sabes?

—Todos lo sabemos por aquí, señor. Será mejor que lo deje y vuelva a su vida.

—No. Hice el viaje hasta aquí y seguiré a Aguas Brancas, si es preciso sin ayudas. Volveré a Lajes y alquilaré un coche.

—Sería inútil. No hay ningún camino en la montaña.

—Entonces vendré en helicóptero. Supongo que por el aire sí se podrá llegar.

—Yo no lo sé. Sí de veras tiene tanto interés en subir, puedo indicarle cómo. Pero necesitará al menos un animal para cargarle las valijas.

—¿Dónde podría alquilarlo?

—Nadie le alquilará nada. Tendrá que comprarlo y le costará doscientos cruzeiros. Yo sé lo venderé.

Por lo visto había dado con uno al que la codicia hacía tragar el miedo. Duarte contestó con el considerado regateo y no tardó en

advertir que nada iba a ganar. Su interlocutor conocía su necesidad, no iba a rebajarle ni un cruzeiro.

Caminaron al principio por terreno llano. Sin duda aquel hombre conocía la tierra. Tal vez pensara que él llevaba mucho dinero y en sus valijas podía llevar objetos de valor, tal vez planeaba asesinarlo en descampado: para eso iba preparado, con un revólver calibre «38» metido en una funda especial bajo la holgada chaqueta y un magnífico rifle desmontable dentro de una de las valijas. Era cualquier cosa menos cobarde, había sido corresponsal de guerra, un simple mestizo marrullero no resultaba enemigo terrible para él.

Mediada la tarde, cuando alcanzaron un pequeño claro en la jungla, en lo alto de una loma. Ante ellos había un valle que tal vez tendría tres kilómetros de anchura y al otro lado alzabase la montaña, magnífica, imponente, con su cima dentada, aislada de las alturas más bajas que formaban las serranías circundantes. Un lugar que atraía la vista y la imaginación por sí mismo, aun ignorando lo que sabía Duarte de Almeida.

—Ahí está la montaña. Usted deberá descender al valle siguiendo el sendero hasta el río y cruzarlo por el vado, donde el agua solo tiene un metro y poco más de profundidad. Al otro lado verá una bifurcación. Tome la de la izquierda hasta la araucaria que quemó el rayo, allí hay tres caminos. Tome otra vez el de la izquierda y sígalo sin vacilar, incluso cuando le parezca que se ha terminado y no hay salida. ¿Ve aquella mancha blanca ya casi en lo alto del monte? Ha de ser su punto de mira, debe llegar allí. Cuando haya llegado encienda tres fuegos, siéntese y espere, ellos sabrán que usted ha llegado. No se le ocurra seguir hasta lo alto sin hacer lo que he dicho, porque morirá.

No dijo más, dio media vuelta y se alejó sin contestar a las demandas de Duarte acerca de más explicaciones, desapareciendo pronto entre los árboles y dejándolo solo.

Ya era demasiado tarde para intentar la ascensión de la montaña, incluso resultaría arriesgado descender al valle. Después de todo no tenía ninguna prisa, una vez puesto en el camino. Ató la cansina acémila a un árbol, descendió sus valijas, abrió la que contenía el rifle, lo sacó, lo armó, lo cargó y se ciñó el cinto de recio cuero con las cartucheras, el cuchillo de monte y los prismáticos.

Luego alistó su campamento cuidadosamente, explorando el terreno para ahorrarse desagradables sorpresas en forma de serpientes venenosas, se preparó la cena y se la comió despacio, mirando hacia la gran montaña cuya cima presentaba varios picos de idéntica altura, como los dientes de una sierra, engañando en la perspectiva lejana ya que, como él sabía, la cima de la montaña era casi plana y formaba una

meseta de medio centenar de kilómetros cuadrados, rodeada por aquellas curiosas alturas como florones de una corona. Allí, en aquella meseta, vivía un pueblo, que si eran ciertas sus informaciones, no podía existir: el pueblo de Aguas Brancas, la gente, la gente temida por los habitantes de una vasta región, que formaban una conspiración de silencio en torno a ellos.

★ ★ ★

Para Duarte de Almeida todo comenzó algunos meses atrás con una de esas noticias que a veces llega a los oídos de los periodistas aventureros y que, las más, no trascienden.

Alguien le contó, entre dos tragos, en uno de esos lugares donde no suele ir la gente normal, una extraña historia acerca de un hombre que tiempo atrás había sido encontrado en una pequeña balsa de troncos en el río Uruguay, aguas abajo de la confluencia del río Das Canoas con el Das Pelotas. Al parecer aquel tipo estaba loco, lo cuál era explicable, dado que tras pasarse algunas semanas perdido en las junglas, muy espesas, que existen al pie de la sierra Geral, en un territorio prácticamente vacío de presencia humana y en realidad muy poco explorado, volvía con los cabellos blancos y todo el aspecto de un anciano, siendo así que solo tenía poco más de treinta años. En sus desvaríos hablaba de un pueblo de muertos vivos que adoraban al Diablo en la forma de un monstruo espeluznante y que vivían en lo más alto de una montaña que no era tal, sino una meseta...

Picada su curiosidad, Duarte de Almeida averiguó dónde tenían a aquel hombre e hizo una visita al mismo en un tranquilo sanatorio para enfermos mentales sito en los alrededores de Sao Paulo. Encontró a un individuo que aparentaba tener unos setenta años, de cabellos y barba completamente blancos, mirada extraviada y aire aterrorizado, con quien no se le permitió hablar, pues los médicos le consideraban peligroso. Lo cierto era, según pudo intuir a través de su conversación con el director del centro y otros empleados, que allí habían tratado a aquel hombre desde un principio como a loco y con unos métodos muy relativamente aceptables desde el punto de la moderna terapéutica. También se debía a que los médicos estaban muy perplejos. Con razón.

—Desde un punto de vista médico-biológico es de todo punto incomprensible. Ese hombre cuenta exactamente treinta y cuatro años, pesaba setenta y ocho kilos cuando emprendió su viaje de prospección minera y todos nuestros informes indican que era un individuo físicamente sano. Sin embargo, dos meses más tarde fue encontrado sobre una balsa a la deriva unos treinta kilómetros aguas abajo en la

confluencia de los dos ríos que forman el Uruguay, con prácticamente el mismo aspecto que usted le acaba de ver. Se le ha sometido a una serie de exámenes y aquí viene lo asombroso, su organismo es el de un anciano de setenta años. En dos meses envejeció cuarenta años, algo de lo que no se conocen precedentes...

Desde luego, los médicos no daban ninguna valía a aquella historia del pueblo de muertos.

—Para nosotros no caben dudas acerca de que ha perdido la razón. Tal vez para sobrevivir se alimentó con alguna hierba, o raíz, aún desconocida en sus efectos... Solo menciona a ese increíble pueblo de muertos adoradores del Diablo, a sus horripilantes ceremonias mágicas. Es un típico caso de alucinaciones provocadas por una distonía.

Cuando los médicos no entienden algo, ya se sabe, echan mano a una catarata de términos técnicos; en el caso de enfermedades psíquico-mentales, la tendencia es aún mayor. Pero Duarte de Almeida no era médico, sino periodista, muy bueno en su especialidad, que había olfateado una historia interesante y la siguió.

Duarte de Almeida ya estaba decidido, pero no quiso compañeros en aquella expedición. De repente sintió como una premonición de que no llegaría a desvelar el misterio yendo acompañado. Tenía que arriesgarse, ir solo a enfrentar lo desconocido.

Lo había hecho y ahora estaba aquí, en medio de la selva, delante de la montaña misteriosa. A los últimos resplandores del sol aquella montaña tenía un aspecto grandioso y, ciertamente, algo de mágico, atraía la mirada y los pensamientos. Pero podía ser efecto de todo cuando él conocía...

Que no era demasiado, siendo mucho. Un pueblo de muertos vivos que adoraban al Diablo en la forma de un animal imposible. Un pueblo aislado, temido por todas las gentes de una vasta región, a todas luces sí existía. Tal vez eso había dado lugar a leyendas, como ha ocurrido tantas veces y en tantos lugares a lo largo del tiempo. Se teme, y se odia, a lo que se desconoce, el temor y el odio aunados inventan monstruos.

Pero un hombre de treinta años se había vuelto un anciano, orgánicamente de setenta en cuatro meses; siguió degenerándose rápidamente y acababa de morir tan consumido como si hubiera cumplido más de ochenta. Eso era realidad. También que al parecer ninguno de sus compañeros de expedición volvió a ser visto con vida. Hubo una expedición de rastreo, pero infructuosa.

Encendió un nuevo cigarrillo, se puso en pie y miró hacia la montaña, que ahora era casi negra y se recortaba con nitidez contra el cielo de añil punteado por las grandes estrellas. Del fondo del valle había brotado la niebla y ahora cubría toda la selva, dentro de la

humedad normal. La selva estaba por el momento silenciosa, era como sentirse rodeado de una presencia hostil que contuviera el aliento antes de atacar.

Duarte de Almeida había estado no hacía mucho en el Viet-Nam, conocía muy bien aquella desagradable sensación. El hecho de estar teniéndola era algo que no le gustó. Volviéndose a la pequeña hoguera, recogió el rifle automático y comprobó maquinalmente que lo tenía cargado, bajó el seguro y se volvió a sentar con él sobre las rodillas.

Poco a poco se despertó el viento. A su compás los animales de la noche. El primero era relativamente frío, no cobró gran fuerza. Los otros llenaron el aire negro con sus voces.

A Duarte de Almeida le pareció que la negra montaña del misterio le enviaba un hálito de muerte.

O tal vez de amenaza y rechazo...

Malhumorado, rechazó aquellos pensamientos, terminó el cigarrillo, lo aplastó con el tacón de la bota y fue a tomar su saco de dormir, especial para selvas con bichos venenosos.

## Capítulo 2

L

A mancha blanca no era sino una afloración de rocas calizas, de unos cien metros de longitud por acaso setenta de altura, que emergía en la alta ladera. Por una macabra diversión de la Naturaleza desde lejos remedaba a una calavera.

Era ya media tarde cuando por fin Duarte llegó al pie de la misma, en donde había una explanada casi vacía de vegetación salvo algunas enormes araucarias y algunos arbustos y matojos. La afloración calcárea que formaba la mancha se continuaba en aquella pequeña meseta, terminando abruptamente al borde de la misma.

Era un lugar siniestro, en verdad. Por contraste con la lujuriente vegetación selvática que tupía las laderas del monte, aquel calvero casi pelado producía incomodidad. Duarte avanzó despacio, hasta llegar a un punto donde descubrió la señal de una antigua hoguera.

Había más de una de aquellas señales, pero a todas luces eran antiguas y no muy abundantes. No debían ser muchos los visitantes del pueblo de Aguas Brancas.

Desmontando, Duarte trabó el caballo a un arbusto, luego procedió a recolectar leña seca para hacer las hogueras, trabajo que le llevó un buen rato. Una vez acopiada la suficiente cantidad de leña, la amontonó sobre las señales de las viejas hogueras y les prendió fuego.

El viento, si lo había, debía venir del lado opuesto de la montaña, las columnas de humo ascendieron casi rectilíneas del cielo. De todos modos se encontraba a más de trescientos metros de la cima, no veía cómo, a no ser que allí arriba hubiera vigías, el pueblo de Aguas Brancas podría descubrir su presencia por el humo de las hogueras. A todas luces tendría que esperar.

Esperó comiendo sin mucho apetito. Había sido una dura jornada, no le engañó el mestizo. A menudo creyó que tenía cerrado definitivamente el camino, pero siempre, tras explorar el terreno, halló su continuidad. Desde luego, de no tener aquella indicación, jamás habría alcanzado este punto donde se encontraba, no le quedaban dudas acerca de que quienes venían a la montaña, o bien las gentes de la montaña, habían trazado la vía de acceso cuidadosamente, con una serie de trucos muy hábiles para descorazonar y despistar a quienes no estuviesen en el secreto.

Comenzó a anochecer y nada aún había ocurrido. Las hogueras apenas daban llamas, pero sí mucho humo, que seguía alzándose al cielo donde pronto aparecían las primeras estrellas. En realidad ya estaba Venus centelleando en lo alto desde hacía unos diez minutos.

Entonces los vio.

Salieron como sombras fantasmales por el único sitio donde no los esperaba, por el pie del acantilado calizo, seis hombres, y vinieron despacio en su dirección mientras él, dominaba la primera impresión de sobresalto, se ponía en pie, dejando tranquilo en el suelo su rifle.

Allí estaban. Cuando les tuvo más cerca Duarte no pudo dominar un escalofrío. Porque aquellos hombres correspondían exactamente a la descripción del loco...

Eran de mediana estatura y vestían de modo extraño, como jamás Duarte vio vestir a nadie. De lejos, en cierto modo, su indumentaria se parecía a la de los famosos cangaçeiros; pero solo en cierto modo. No venían armados, al parecer; y eso solo ya resultaba asombroso.

No eran negros, ni blancos, ni indios. Más bien de las tres razas. Tenían facciones de blanco, narices afiladas, bocas bien perfiladas y finas. La piel era oscura sin llegar a negra, tirante sobre los huesos faciales. Los ojos...

Los ojos eran terribles, imposible de sostener su mirada. Ojos de muerto, fijos, fríos, carentes de todo sentimiento o emoción; piedras negras a través de las cuales fluían el Miedo y el Misterio.

Muertos vivos... Nunca una antinomia tal tuvo mejor expresión. «Zombis», gente sin alma...

No sin voz.

—¿Quién eres y por qué has venido?

Un portugués ligeramente arcaico, pero claro y desde luego mejor que el de la mayoría de los campesinos del país. La voz, profunda, extrañamente hueca, sin calor ni modulaciones, casi metálica, desagradable al máximo, penetrante como un bisturí. Dominando otro estremecimiento, Duarte procuró parecer normal.

—Quiero conocerlos. Vengo en son de paz. Soy escritor, oí de vosotros, me propongo escribir un libro.

Le sonaron a falso y deleznable sus propias palabras, sintió el nerviosismo de su propia voz. Una cosa era imaginarse la situación, otra vivirla. Ahora le parecía una gran verdad la sarta de preguntas e incoherencias del presunto loco: «Muertos que viven, no pueden vivir ni morir».

—Síguenos.

Fue a recoger sus cosas pero se vio cortado.

—Déjalas ahí.

—Las necesito...

—Las encontrarás arriba. Ven.

No podía desobedecer. Ni volverse atrás. Ya llegó a su meta, ahora debía ir hasta el fin.

Fueron directos a la base de la afloración caliza. Allí había unas cuevas, ni grandes ni especialmente marcadas. En todo terreno sarcástico existían iguales.

Penetraron por una de ellas. Ni siquiera advirtió Duarte que hubiera en el suelo señales de circulación.

Apenas estuvieron dentro algo increíble, espeluznante, sucedió. Los ojos muertos de aquellas gentes se convirtieron en linternas, irradiaron una verdosa luz espectral semejante a la que emiten los cocuyos, de tal intensidad que despejó las tinieblas a su alrededor rechazándole a varios metros de distancia. Iban dos delante, uno a cada lado de él, los restantes a su espalda. Y fue la luz irradiada por los ojos de estos la que provocó a Duarte como una sacudida eléctrica.

Al volverse a mirar, el que tenía a su derecha, y que le había hablado antes, lo miró. Súbitamente se sintió ofuscado por aquella luz fosforescente, sobrenatural, su cerebro sufrió un shock y le pareció que la sangre se le volvía hielo.

—Viniste a conocernos, nos estás conociendo. Mantén tu mirada al frente, o tus ojos resultarán quemados por la luz que los nuestros emiten.

Obedeció veloz. Ahora ya sabía qué era el miedo, ese pánico absoluto y profundo que agarrota los nervios y congela la mente, que no puede explicarse ni dominarse.

No hubiera podido decir cuánto tiempo duró la caminata por las entrañas del monte ni tampoco por dónde fueron. Solo advirtió que iban por galerías y cavernas de un complejo cárstico de gran extensión, le pareció que subiendo. Finalmente emergieron de nuevo al aire libre.

Estaban en la cima del monte, a todas luces. Era noche cerrada y arriba centelleaban diez mil estrellas en un cielo extrañamente despejado, como no suele verse en las húmedas tierras brasileñas.

Al instante se debilitó la fosfórica irradiación de los ojos de sus acompañantes hasta quedar reducida a una débil luminosidad verdosa. Con todo, suficiente para que él pudiera ver que avanzaban por un camino verdadero, no ancho por sí, sólidamente pavimentado. Que allí arriba existiera tal cosa ya no le causó asombro tras de su reciente experiencia.

Caminaron despacio durante al menos media hora. Duarte procuraba dominar sus nervios, recuperar la serenidad y la claridad mental, pero no lo conseguía, estaba como preso en un embrujo. Ahora

la sangre le corría por las venas muy aprisa y casi sentía los potentes latidos del bombeo de su corazón, sudaba copiosamente aunque el aire a su alrededor era más bien fresco, sentía como fiebre.

Entonces desembocaron en el pueblo.

El pueblo de Aguas Brancas... Le habían asegurado que no existía, pilotos y fotógrafos del Servicio Cartográfico Aéreo que afirmaron haber sobrevolado la cima de la montaña y fotografiado todo desde baja altura con cámaras especiales.

Era un pueblo muy animado, con una fantasmagórica animación. Sus habitantes circulaban por entre las viviendas como pudieran hacerlo los de una ciudad civilizada a aquella hora, solo que allí no había ningún ruido, al contrario un silencio total, abrumador. Tampoco salían aquellos haces de luz verdosa de sus ojos, eran ojos apagados aunque ellos podían sin duda moverse a placer en aquella oscuridad nocturna. Ahora bien, conforme él avanzaba con su escolta todos los demás detenían sus movimientos, se volvían a mirar y entonces sí, entonces fosforescían sus pupilas como las de los grandes felinos. Ojos de muerto irradiando luz de ultratumba.

Ahora el periodista caminaba como a través de una pesadilla. Había momentos en los cuales efectivamente creía estar soñando, o sufriendo alucinaciones, como ocurre al tomar LSD. Todo aquello, los edificios de formas extrañas alzados justo bajo los grandes árboles, los seres silenciosos de ojos fosforescentes y movimientos lentos, aquel aire frío, era demasiado increíble...

Sus escoltas le hicieron atravesar lo que podría denominarse plaza de aquel pueblo fantasmagórico, rodeada por varios de aquellos árboles enormes de anchas copas y casi circular, al menos le pareció, llevándolo directamente a uno de aquellos edificios, cuya puerta se abrió al acercarse ellos dejando aparecer una luz color de jade de un verde lechoso, a la vez que un vapor, como niebla, que pareció salirles al encuentro.

Aquella niebla, o lo que fuera, tenía olor. Un olor acre, con algo de menta y algo de canela, a la vez agradable y nauseabundo, que revolvió ligeramente el estómago de Duarte de Almeida. Se contuvo para no respirarlo demasiado, pero pronto comprendió que era inútil. Y también advirtió que aquel gas, o lo que fuera, excitaba a la vez su sangre y su cerebro.

Tres escalones conducían a la entrada. Una vez que traspusiera la puerta Duarte se vio en una habitación indescriptible, de un tamaño inesperadamente grande. El piso era como de mármol negro y las paredes se le antojaron, a primera impresión, de un raro mármol verde jaspeado. Aquel humo reptaba por ella, la llenaba entera y difuminaba

de un modo curioso, también asustador, los extraños muebles que en ella había. La luz parecía ser irradiada a través de las paredes y, de repente, a su espalda, sonó un golpe seco que por lo inesperado fue cual un latigazo en su médula. Al volverse de manera instintiva descubrió que la puerta acababa de cerrarse. Estaba atrapado.

## Capítulo 3

S

IGUE.

Era la primera palabra que le dirigía el jefe de sus guardianes desde que se metieron en la cueva allá abajo. Duarte tragó penosamente saliva, se pasó la lengua por los labios y obedeció, evitando mirar a los glaciales ojos sin expresión de los «zombies», o lo que fueran aquella gente.

No era posible. Vio antes de entrar el tamaño de aquella vivienda y no, no era posible que dentro de ella cupieran aquellas habitaciones. Sin embargo estaba atravesándola. Enormes, llenas de aquel gas verde, con paredes, ahora lo notó lleno de indecible asombro, de malaquita y techos de madera de ébano, suelo de mármol negro, muebles como jamás había visto nada igual, ni tan siquiera semejante...

Y vacías. Terriblemente vacías de presencia humana, de calor, de vida. Semejaban enormes mausoleos.

Luego una puerta aún más increíble, de oro puro, limpio, brillante, repujado en escenas y adornos asombrosos de finura delicada, representando seres y escenas de imposible descripción porque antes de que pudiera reponerse a la impresión recibida abriéronse en total silencio, dejándoles paso franco a una nueva estancia.

Aún mayor que las otras, pero esta sí ocupada. Tras una especie de mesa en forma de luna creciente, con las puntas hacia afuera, había siete de aquellos seres sentados en altos sitios de malaquita, el mismo material que la tabla de la mesa, cuya base era de brillante mármol negro. Tres de aquellos seres eran mujeres. Y qué mujeres...

Sobre todo la que parecía presidir aquella especie de tribunal o areópago.

A Duarte de Almeida se le quedó la boca seca de golpe mientras sentía arder las sienes y la sangre. Sus dilatadas pupilas recibieron el impacto de aquella mujer, su mirada verde, y ya no pudo separarlas de ella, de aquel rostro de increíble, de alucinante belleza.

Cierto, tenía la piel oscura. Pero los ojos de un verde intensísimo, entre aguamarina y esmeralda, enormes, rasgados, casi orientales; las facciones de la raza blanca y de una perfección absoluta, griega, clásica, el óvalo del rostro perfecto, la boca grande, de un dibujo impecable, y los abultados labios de un color intenso, como los de los niños

pequeños. Una espléndida cabellera castaña, luminosa, le caía sobre los hombros. Todo en aquella mujer irradiaba fascinación. Se cubría con una especie de túnica de corte helénico que dejaba al aire la maravilla de sus brazos y se hinchaba sobre el busto retador. Una especie de diadema de oro purísimo, constelada de diamantes y esmeraldas, ceñía su cabeza. Levaba sobre el pecho como un camafeo de raras formas, también constelado de diamantes y esmeraldas centelleantes; tenía ambos antebrazos apoyados en los brazos de su sitial y en la diestra empuñaba como un centro de oro, largo, delgado, terminado en una figura geométrica que parecía hecha de triángulos y cuadrados montados, soldados al aire y también se constelaba de pedrería.

Las otras dos mujeres no le cedían mucho en belleza y majestuosidad, en alucinante hieratismo. En cuanto a los hombres, todos eran viejos, lucían luengas barbas blancas y se cubrían con hopalandas negras bordadas en oro con signos indescifrables. Todos sin excepción, hombres y mujeres, tenían la misma mirada fría, fosforescente; pero solo la reina, o lo que fuera, las pupilas verdes.

Mientras el periodista permanecía como fascinado, como clavado en el piso, el jefe de sus escoltas avanzó e hizo una breve genuflexión, se enderezó y habló con el mismo modo helado, sin matices:

—Dice que quiere conocernos. Hizo lo debido. Es escritor, se propone escribir un libro sobre nosotros.

—Acércate, hombre del Más Allá.

También era totalmente fría aquella voz, pero tenía un tono imperioso, profundo. Aunque hubiera querido, Duarte no habría podido desobedecer, se sintió impulsado hacia delante hasta un punto equidistante y en línea con las puntas de la mesa lunar, donde el mismo impulso lo detuvo. Todo sin poder apartar la mirada del rostro incomparable de aquella mujer.

—Dinos tu nombre y profesión, tu edad, quién te habló de nosotros, cuál es la verdadera razón de tu venida.

Lo hizo. Cual si una fuerza se hubiera apoderado de su mente, manteniéndola lúcida pero a la vez encadenada, dijo lo que deseaba y también lo que no deseaba decir. Curioso, sabía que algunas de las cosas que estaba diciendo no quería revelarlas a aquella gente, pero no sentía verdadera inquietud por su indiscreción.

Terminó y aguardó, envuelto en aquel vapor verdoso, en aquella gran sala de mármol y malaquita, bajo aquella luz irradiada y espectral.

—Has dicho la verdad. No pensabas contárnosla toda, pero lo has hecho. Muy bien, hombre del Más Allá, tus deseos serán cumplidos. Llévao slo.

Sabía que en cierto modo había triunfado, pero el modo como fue

decidido el asunto por aquella mujer le provocó un escalofrío. Con todo, obedeció a la orden de volverse y retornar por dónde viniera. Al hacerlo vio abrirse lentamente las puertas de oro.

El retorno fue idéntico a la ida. Y de nuevo se halló en la plaza, bajo las altas estrellas, respirando el aire frío y a pleno pulmón.

Le condujeron a una de aquellas casas y le hicieron entrar. Esta tenía por dentro las adecuadas proporciones, carecía de la fantasía, grandiosidad y la riqueza de la que acababa de abandonar, pero los muebles, escasos, eran del mismo inexplicable estilo. No parecía estar habitada.

Y luego, en una habitación encontró todas sus cosas apiladas. Aparte de ellas, había una especie de lecho de extraña forma, que recordaba de modo espeluznante a un ataúd, de madera fina y forrado por dentro con una especie de seda negra brillante.

—Es tu alojamiento. No intentes abandonarlo, no te está permitido.

Se fueron y le dejaron solo. Había además de la puerta, una ventana, pero no pudo ver nada desde ella hacia el exterior, el cristal era esmerilado, como tallado en puntas de diamante.

Sentóse encima de la mayor de sus valijas, sacó tabaco y se puso a fumar. De momento parecía estar aceptado por el pueblo de «zombies» de Aguas Brancas, no correr peligro. Un pueblo de «zombies»... ¿Lo era realmente? Nunca, en sus correrías, por el país, ni en sus numerosos viajes al extranjero, tropezó con gentes parecidas a estas, de Aguas Brancas. Y aquellas mujeres del tribunal, sobre todo la reina... No había sobre la Tierra de los vivos mujeres como aquellas.

... ¿Qué gente era aquella? Los «zombies» no hablan, son autómatas, cuerpos sin alma. Los «zombies» no irradian por sus ojos luz como hacen los cocuyos. Los «zombies» no habitan palacios extraños. Los «zombies»...

Era inútil quebrarse más los cascos, pronto o tarde descubriría su fascinante secreto. Estaba admitido entre ellos, eso significaba que podría moverse entre ellos con libertad. Sin duda cuando se hiciera de día iba a poder comenzar a aclarar algunos misterios.

No quiso echarse en el siniestro lecho en forma de ataúd, se metió en su saco de dormir. Al parecer nada de sus pertenencias le faltaba, ni tan siquiera el rifle. No se molestaron tampoco en cachearlo, conservaba la pistola y el cuchillo. Una de dos, o en verdad le consideraban amigo... o no temían a sus armas. Prefería creer lo primero.

El sueño no llegaba a sus párpados, tenía la mente llena de preguntas, excitación y sugerencias. Volvió a encender otro cigarrillo. Un silencio aplastante lo envolvía, era como encontrarse dentro de un

sepulcro. La idea lo impresionó desagradablemente. Un sepulcro...

Cualquier etnólogo se sentiría sin duda entusiasmado aquí arriba, entre estas gentes de Aguas Brancas. Y no digamos un aventurero. ¿Llegaría el hombre cuya historia le puso a él en ruta hacia aquí a haber subido, vivido, en este lugar? Todo indicaba que sí. Probablemente, al igual que él mismo llegó, fue llevado ante el fantástico tribunal...

¿Y si él también sufría la suerte de aquel hombre? sí... Se espeluznó sin poderlo evitar. La idea de pagar su audacia envejeciendo treinta y cuarenta años en unos cuantos meses resultaba cualquier cosa menos agradable. Se representó a aquel individuo caduco de ojos alucinados y un miedo distinto a cualquier otro tipo de miedo se le metió en los huesos.

Hizo cuanto pudo para arrojarlo de sí, pero no pudo totalmente al menos. De manera consciente trató de conciliar el sueño, pero el sueño se negaba a venir y tardó mucho, hasta que su sistema nervioso se rindió. Finalmente, de un modo gradual, se durmió.

Tuvo una serie de pesadillas vividas, pero que no duraban, se entrechocaban unas con otras, se mezclaban, desvanecían, volvían a resurgir, semejantes a olas golpeando escolleras.

Y luego escuchó el canto del pájaro.

Abrió al fin los ojos.

Sobre él no había ningún techo. Una masa verde, la copa de un gran árbol.

Súbitamente despejado se incorporó, mirando con ansiedad incrédula a su alrededor.

Estaba acostado en su saco de dormir, bajo un árbol enorme, al aire libre, a un lado de una curiosa explanada de forma casi circular, libre de vegetación como podría estarlo una plaza de pueblo. Pero por ningún lado se distinguían casas o chozas, o cualquier signo de habitación humana. De presencia humana. Solo árboles, grandes árboles de anchas y espesas copas verdes donde se movían los pájaros multicolores, alguno de ellos cantando alegremente al sol recién nacido que en aquellos momentos golpeó con sus primeros rayos oblicuamente la cara aturdida de Duarte de Almeida.

## Capítulo 4

N

O cabían dudas posibles. Estaba en lo alto de la montaña y allí no había ninguna clase de vivienda humana, tampoco rastros del pueblo de Aguas Brancas.

Tras una hora de nerviosa exploración Duarte retornó bajo el árbol donde tenía su equipo y encendió un nuevo cigarrillo, poniéndose a pensar furiosamente.

No podía tratarse de una pesadilla. Llegó hasta aquí arriba y desconocía el modo de llegar a la cima cuando acampó al pie del acantilado blanco y encendió la hoguera. No estaba sufriendo ninguna pesadilla cuando vio aparecer a los «zombies» y cuando habló con ellos por primera vez, cuando le hicieron entrar en la cueva al pie del acantilado. Además, ¿cómo pudo subir el solo sus valijas, de noche, hasta aquí arriba? Pues por ninguna parte estaba a la vista el animal que se las trajo.

No fue, pues, una pesadilla. Tal vez lo fuera cuanto creyó vivir al llegar a lo alto, lo de las casas bajo los árboles, aquel fantástico edificio, el tribunal... Pero si eso podía deberse a haber respirado alguna sustancia alucinógena, o al influjo de la mirada fosforescente de aquellos seres que vinieron a buscarle, lo demás, la realidad de que existían tales seres, era irrefutable a su mente razonadora.

Pero entonces...

Solo cabía una explicación. Tras drogarlo de algún modo, lo habían dejado allí, esperando a conocer sus movimientos y reacciones.

Si era así, debería andarse con cuidado, demostrar que no estaba atemorizado, comportarse con naturalidad...

Echó mano a su reserva de alimento encontrándola intacta; pero por si acaso, solo comió de aquello que no podía haber sido contaminado con alucinógenos. También se preparó café, tomándose dos jarritos. Luego cogió el rifle y se lanzó a explorar el terreno.

A la luz del día la meseta no presentaba nada sobrenatural, ni siquiera extraño. Vio moverse por las gruesas ramas bajas de uno de los grandes árboles una boa de enorme tamaño, perezosa y peligrosa, pero solo para quiénes se le acercaran. Volaban muchos pájaros de brillantes colores, algunos de ellos emitiendo alegres sonidos, y otros se movían como relámpagos luminosos entre el follaje de los grandes árboles,

animales pequeños. Era la fauna habitual de las montañas de Santa Catarina y Rio Grande Do Sul.

No tuvo ninguna dificultad en llegar al punto por dónde salieran él y sus escoltas la noche anterior a la meseta. Allí estaban las cuevas, en la base de uno de aquellos mogotes alzados como terrones de una muralla gigantesca en torno a la meseta. Varias, exactamente siete. Por cualquiera de ellas pudo haber salido.

Todas le valían, de modo que se decidió por la que tenía más cerca. No esperaba encontrar demasiado y en realidad al pronto nada encontró. Se vio en una caverna de regulares proporciones, casi del tamaño de una habitación grande, a cuyo fondo abríanse las entradas a lo que pudieran ser pasadizos cársticos por los cuales subió durante la noche. Solo que, sin luz, resultaba arriesgado explorarlos...

Volviendo a salir, decidió primero explorar el collado entre dos de los cerros-almena, aquel en que se abrían las cuevas y el que estaba a su derecha. Así lo hizo, pero encontró que el terreno era áspero y difícil por demás, cubierto de densa vegetación, sin senderos. Tras un par de horas de fatigosos tanteos debió resignarse a admitirlo, por allí no podía pasar.

Ni tampoco trepar al cerro. Era por demás extraña su configuración, si no fuese del todo imposible se habría podido decir que no era exactamente un accidente natural, sino una construcción humana de escala gigantesca, puesto que no se alzaba menos de cien metros sobre el nivel de la meseta y tenía unos trescientos largos de base. Formado por una caliza blanquecina que asomaba por todas partes, sin embargo, poseía una tupida vegetación, aunque de monte bajo, matorral, absolutamente inextricable. Los árboles eran relativamente escasos, pero tenían forma de setas, se expandían desde troncos de escasa altura en todas direcciones, una especie de árboles que Duarte no conocía. Cada vez que imaginaba encontrar una vía accesible esta terminaba en alguna barrera infranqueable, bien un cantil, una cueva o un murallón de vegetación.

No le quedó otro remedio que dejarlo. Entonces decidió explorar alguna de las cuevas.

Conseguirse teas resinosas le resultó muy fácil, pues aparte las enormes araucarias, de treinta o cuarenta metros de altura, había otra vegetación de tipo resinoso. Con el cuchillo se fabricó unas cuantas y con el encendedor de gas prendió fuego a la estopa vegetal seca que había arrollado a la cabeza de una de ellas, la cual ardió de inmediato.

Entró en aquella cueva que ya había reconocido superficialmente. Allí llegaba bien la luz diurna, pero cuando penetró por una de las grietas, la mayor, encontróse de repente en la oscuridad.

Estaba en un pasillo relativamente corto que desembocó en otra caverna mayor que la anterior, unos diez metros de anchura y cinco o seis de altura, con algunas formaciones estalagmíticas. Allí el aire era espeso, frío, la humedad se notaba bastante.

Al fondo seguía el pasadizo. Pero cuando entró en él, allí dentro se desató el infierno.

Tuvo el tiempo justo para echarse al suelo antes de que la salvaje tempestad de chillidos y aleteos se le viniera encima. Cientos de murciélagos-vampiros, despertados de su sueño por la súbita irrupción de la antorcha encendida, se abalanzaron, irritados, hacia el exterior, poniéndose a revolotear en la cueva que Duarte acababa de dejar y casi apagándole la antorcha, lo cual habría sido peligroso por la ferocidad de aquellos animales.

Cuando pasó la estampida, Duarte incorporóse y siguió adelante. Aún quedaban algunos enormes murciélagos, cuyas alas extendidas no debían medir menos de metro y medio y que sentían terror por la antorcha, pero a su vez espeluznaban con sus bocas feroces abiertas y sus ojos sanguinolentos al volar alocadamente emitiendo agudísimos chillidos que repercutían contra las paredes y taladraban los oídos. De todos modos no atacaron a Duarte, huyendo ante la antorcha y cediéndole el paso.

La galería que estaba siguiendo comenzó a descender y advirtió que no iba en línea recta, sino más bien torciendo, serpenteando acaso. De todos modos la bajada era suave y el piso no resbaladizo, se podía descender sin dificultades, como si aquella vía subterránea hubiera sido acondicionada por mano humana. Acondicionada por manos humanas...

La idea le llegó de pronto y le provocó la lógica reacción. Solo tardó unos minutos en comprobar que había acertado. Aquella galería natural había sido retocada por los hombres, era perceptible en muchos puntos. El propio suelo aparecía cuidadosamente acondicionado, en ocasiones liso como el pasillo de una casa, en otras con escalones finamente cortados a la altura adecuada. Y las paredes, allí donde un saliente podía resultar peligroso...

El pueblo de Aguas Brancas, sin duda. Pero, ¿con qué medios? Pues esta tarea no habría podido realizarse con tamaña perfección, incluso ya avisado, no podía afirmar que fuese obra de hombres y no capricho de la Naturaleza la mayoría de aquellos acondicionamientos, con las herramientas usuales entre indios pre-colombinos y campesinos analfabetos de la época posterior. De todos modos no cabían ya dudas, dio, por pura casualidad, con el camino para salir de la montaña.

Cuando más seguro estaba de ello, llegó a la gran caverna:

Entró inesperadamente al doblar un agudo recodo, casi una esquina, de la galería que estaba siguiendo. Al pronto solo imaginó hallarse en otra caverna de mayores proporciones...

Y luego, al descubrir la realidad, la sangre se le congeló en las venas, mientras su sistema nervioso se agarrotaba y lo sacudía un duro temblor.

En efecto estaba en una caverna, de veinticuatro o treinta metros de anchura y más de cuarenta de longitud, acaso diez, o más de altura. Una especie de fantástica nave de catedral de pesadilla, forjada por el agua durante millones de años y acondicionada por el hombre para ritos misteriosos y terribles. En el tremendo silencio reinante percutían lentas gotas de agua procedentes de las alturas del techo sobre las puntas de formación de las estalagmitas...

Hubiera sido necesaria la capacidad de expresión de un poeta para definir con exactitud la fantástica belleza de formas en aquella caverna. Pero no era aquello, con ser tan digno de atención, lo que atraía la mirada dilatada de Duarte de Almeida.

En sendos nidos excavados en las paredes de aquella gruta, colocados de pie, inmóviles, había lo que al pronto semejaba una profusión de estatuas. Pero no eran estatuas.

Eran cadáveres momificados de hombres y mujeres, totalmente desnudos, que conservaban de un modo increíble y espantoso todas sus características físicas, como si la muerte no hubiera podido proceder a su destructora tarea al producirse una instantánea momificación.

Había más de cien de aquellos humanos petrificados en aquella especie de cripta, en cuyo centro una piletta a todas luces artificial recogía el agua proveniente del techo y las paredes, un agua negra donde se reflejó el rostro desencajado de Duarte de Almeida, a la luz de la antorcha. Era un agua tan quieta como un espejo, siniestra, absorbente.

Y cuando estaba mirándose en ella vio asomar, a su espalda, a uno de los «zombies». Luego a otro. Y a una de las mujeres. Mirándole con aquella fijeza fría y aquellas pupilas, inmóviles, de muerto.

★ ★ ★

Duarte se volvió veloz, conteniendo a duras penas una exclamación de pánico instintivo, y se le erizaron de golpe los cabellos.

Ante él estaban varios de los seres aquellos, mirándole fijamente. Pero además otros se movían en sus nichos, despacio, como si les costara desprenderse de la piedra en que yacían. Instantes antes eran pura piedra, o al menos lo parecían, ahora estaban vivos...

Incapaz de moverse, ni de superar el oscuro terror que lo agobiaba, el periodista se quedó donde estaba apretando con su diestra fuertemente la antorcha llameante, mirando lo imposible, lo más aterrador que mente humana pudiera concebir. Muertos que estaban vivos, momias petrificadas que se movían y hablaban...

—Vuelve arriba. Vete.

Le estaba hablando el que tenía más cerca, un hombre alto, de su edad más o menos, un guerrero a juzgar por las cicatrices que lucía. Una mirada de piedra negra, una voz profunda y helada que parecía surgir de lo hondo de un sepulcro...

Y todos aquellos seres ni muertos ni vivos, o vivos a la vez que muertos, moviéndose en sus nichos de piedra, en la oscuridad que la antorcha no podía disipar, saliendo de sus nichos, acercándosele despacio... Duarte de Almeida no vaciló, como sintiera de repente liberadas sus piernas del agobio huyó de allí desalentado, pasando por entre los «zombies» silenciosos, que por otra parte no daban muestras de serle hostiles, ni nada...

A trompicones, resollando entrecortadamente, sudando de forma copiosa, un sudor de miedo puro, Duarte de Almeida recorrió en sentido inverso el camino hasta verse de nuevo en el exterior, a plena luz solar. Siguió corriendo hasta que sus pulmones parecieron a punto de estallar y sus piernas se negaron a seguir adelante, entonces se derrumbó en tierra y se quedó allí, como un animal vencido, aterrorizado...

Poco a poco pudo superar aquel pánico sin nombre y hacer que su cerebro coordinara las ideas. Sentándose, encendió con manos temblonas un cigarrillo. Estaba ya el sol en declive, debía haber pasado mucho más tiempo del que imaginó en el interior de la tierra con aquel horror...

Ya no le podían caber dudas. El pueblo de Aguas Brancas existía, estaba formado por una especie de «zombies». Debían «vivir» durante la noche, retirándose a las profundidades del monte durante el día...

Pero, ¿qué clase de gente era aquella? No «zombies», porque los «zombies» no pueden hablar, ni actuar por su propia voluntad. No eran negros, ni blancos, ni indios, no pertenecían a ningún tipo de mestizaje que el conociera. Hablaban un portugués arcaico, de los tiempos del descubrimiento. De que físicamente estaban vivos tenía la prueba en sus cuerpos perfectamente conservados. ¿Cómo lograban pasar de la vida física a una absoluta y pétrea momificación de manera casi instantánea, o viceversa, qué poderes, qué estímulos, qué ciencias, se lo permitían?

Volvió despacio hacia donde tenía sus valijas, encontrándolas tal y

como las había dejado. La tarde declinaba y él no sentía hambre, ni sed, ni deseos de seguir explorando. Por el momento tenía bastante, esperaría a la noche y a ver qué sucedía...

Sucedió la niebla verde. Comenzó a brotar del suelo, Duarte se dio cuenta en un instante. Era como si aquel suelo se volviera semejante al de un terreno volcánico, acá y allá, por grietas invisibles poco antes bajo la hierba, emergían fumarolas que se iban extendiendo lentamente. Se puso en pie y vio docenas de aquellas fumarolas expeliendo el humo, o gas, o lo que fuera. Sus narices se impregnaron de aquel olor entre agradable y nauseabundo, inútil tratar de zafarse porque pronto superaba la altura de su cabeza...

Lo invadió una profunda somnolencia, una relajación absoluta de sus nervios demasiado tensos hasta entonces. Volvió a sentarse, pugnando contra el ciego deseo de dormir. Y perdió.

Despertó del mismo modo lento, aturdido. Y al abrir los ojos...

Estaba de nuevo en la habitación donde lo habían metido la noche antes y los mismos individuos que le trajeron se hallaban rodeándolo, con sus ojos de muerto, inmóviles, fijos en él, fosforescentes.

—Ven con nosotros —le ordenó su portavoz. Volvía la pesadilla... si es que era tal.

Al igual que la noche anterior, debajo de los altos árboles estaban de nuevo las casas de extraña forma, por la plaza circulaban los hombres y mujeres con su manera lenta y fantasmal, deteniéndose a mirarlo con sus ojos muertos y fosforescentes; aquel aire frío y extrañamente seco, aquel silencio insondable...

Y otra vez los salones de malaquita y mármol negro. Pero ahora no le condujeron al salón del consejo sino a un comedor no menos extraordinario, envuelto en el mismo heptágono. La mesa estaba formada por una tabla de malaquita sobre un aspa de placas de mármol negro, con un diámetro de acaso dos metros. Ante cada lado de la misma, un asiento de madera negra pulida, de forma extraña y, en ellos, los hombres y mujeres de la noche anterior. No todos, quedaba un asiento vacío a la izquierda de la «reina». Para él, al parecer.

Ahora ella no lucía la corona ni el cetro, ni tampoco la túnica blanca. Ceñía sus magníficos cabellos una red de oro en cuyas uniones centelleaban diamantes y esmeraldas; llevaba una túnica de un verde traslúcido que dejaba adivinar la perfección seductora del torso; ceñía sus muñecas con fíbulas de oro representando serpientes enroscadas y de los lóbulos de sus orejas colgaban dos lágrimas verdes ornadas de gotas purísimas de diamantes. No eran menos bellas, con sus túnicas purpúreas, las otras dos mujeres, pero no se le podían comparar en seducción y majestad. Los hombres, en cambio, seguían vistiendo sus

ropas negras ornadas con dibujos enigmáticos.

De inmediato la «reina» le sujetó la mirada y los sentidos, la mente, el alma, todo.

—Cenarás con nosotros. Ocupa tu asiento.

Era el mismo tono imperioso de la noche anterior, distinto al de sus súbditos como todo en ella, por otra parte. A Duarte le dio de nuevo la impresión de que ella era la única realmente viva allí, tan viva como él mismo. Obedeció en silencio...

Era un sitio muy cómodo, pero que le transmitió de inmediato un frío letal a la sangre y los huesos. A su diestra, la «reina» irradiaba belleza, majestad. Se volvió a mirarlo y sus pupilas semejaban dos esmeraldas perfectas, impolutas, dos fuentes de luz verde, magnética. Sus dientes eran menudos y muy blancos, de inusual perfección, su boca roja y viva, jugosa, tentadora. Podía percibir muy bien la maravillosa plenitud de su busto de doncella a través de la tela de la túnica que, más que cubrirla, la insinuaba, con un brutal impacto sobre los sentidos del periodista.

La «reina» dijo entonces.

—Te dije anoche que estabas aceptado, hombre del Más Allá. Pero debes someterte a nuestras reglas.

—¿Cuáles son?

—No descendas al interior de la montaña mientras el sol brille en el cielo, no perturbes el sueño de mi gente, ellos necesitan descansar igual que tú.

—No bajaré, lo prometo.

—No harás preguntas si no se te concede previo derecho a hacerlas, ni intentarás penetrar nuestros secretos sin autorización mía. Te advierto que podría costarte muy caro.

De eso estaba ya seguro. Prometió. Lo habría prometido todo a aquella incomparable mujer.

—Por lo demás, eres durante el día dueño absoluto de la meseta. No correrás peligros, se velará por ti. De todos modos procura descansar, porque la noche es nuestro día y puesto que viniste por tu voluntad a conocernos deberás seguir nuestro ritmo de vida. Ahora compartirás nuestro alimento.

Hizo un lento y majestuoso ademán con su diestra. Duarte no podía sustraerse a aquella magia irradiada por ella.

—¿Cómo debo llamarte, si te puedo llamar?

Una sonrisa suave, pero que tuvo la virtud de sacudir los nervios del periodista, entreabrió la bella boca de la «reina».

—Mi nombre es Mayla. Es todo lo que necesitas saber. Desde luego que sí...

Entraron servidoras, muchachas de cuerpos felinos, sinuosos, retadores, cubiertas con un breve ceñidor, los bellos senos descubiertos, faldas volantes de liviana tela descendiendo del ceñidor a la pantorrilla, calzadas con ligeras sandalias, adornadas con guirnalda de flores blancas o doradas, suelto el largo cabello. Una de ellas la recordaba Duarte, la había visto inmóvil, petrificada, en su nicho-ataúd de piedra en la estremecedora caverna. Ahora estaba llena de vida, se movía con la grácil sinuosidad de una pantera joven, le sonrió su boca, pero no sus ojos, que eran idénticos a los de los demás, con toda su indudable belleza. Traían en fuentes de oro puro los alimentos, en jarras de oro las bebidas, platos de oro fueron colocados ante los comensales, cubiertos de extraña forma, cincelados, también de oro... En cambio no pusieron mantel, aunque sí unas servilletas de fina tela, esponjosa y suavísima al tacto.

Duarte de Almeida no habría podido decir qué clase de alimentos eran aquellos. Desde luego se trataba de carne, servida en una salsa rojo-oscuro que parecía sangre y humeaba como la sangre recién vertida en un matadero. Sin embargo, a él le sirvieron primero una especie de sopa de sabor exquisito, luego un hermoso pescado. Para beber, agua fresquísima y un vino verde que embriagaba mucho.

—Nuestra comida la compartirás más adelante, cuando te hayas acostumbrado a nosotros.

—Me gustaría comenzar cuanto antes.

Lo dijo sin desearlo, impulsado por la misma fuerza que la noche antes le llevó a ser totalmente sincero en su exposición de motivos y razones para venir allí. La «reina» volvió a esbozar aquella sonrisa enigmática y demoledora.

—Se cumplirá tu deseo. Comerás nuestro último plato, el más importante.

Lo trajeron en una gran fuente que humeaba. Era carne sin lugar a dudas. Aquella gente parecía ser exclusivamente carnívora. Grandes trozos de carne guisada con aquella salsa color de sangre, en la que nadaban hojas de rara forma, así como lo que a simple vista semejaban legumbres y trozos como de hongos, o batatas...

Fuera lo que fuese, nunca él había probado nada parecido, ni una carne tan exquisita, blanda, jugosa, tierna. La salsa, sí, tenía sangre entre sus componentes y eso le daba un sabor acre, no desagradable, si bien al pronto producía una leve repulsión, pronto cesaba y quedaba un regusto en el paladar que rápidamente se trocaba en excitador del apetito. Además tenía un pan blanquísimo, de apenas dorada corteza y miga esponjosa, que no era de trigo, ni tampoco de otro cereal por él descifrable, pero que untado en aquella salsa se prestaba un sabor

diferente, muy grato.

—Espero que te guste —le dijo la «reina» cuando ya él hubo tragado los primeros bocados—. Es carne especialmente preparada con la sangre del animal recién sacrificado y mediante una antiquísima receta.

★ ★ ★

Terminóse el extraordinario banquete, durante el cual no se escuchó palabra, fuera del breve intercambio de frases acerca de la cena entre la «reina» y Duarte. Los demás, y ella misma, comían de un modo extraño, despacio, masticando y saboreando cada bocado, bebiendo en altas copas de oro puro una bebida que debía ser diferente a aquella verde que a él le servían. No se escuchaba ningún ruido de su masticación, ni tampoco lo hacían al beber. Producía la inquietante impresión de que fueran fantasmas realizando tareas fantasmales, pero a todas luces estaban alimentándose igual que él mismo, como cualquier ser vivo y necesitado de reponer energías. Las bellas y casi desnudas servidoras tampoco producían ningún ruido al servirles, moviéndose como si se deslizaran sobre el pulido suelo negro. Y aquel humo verde manteníase llenando el comedor como las restantes estancias, deformando, difuminando los objetos, las personas, contribuyendo a aquel viso de irrealidad.

Eran sobre todo los ojos de sus compañeros de mesa los que daban la inquietante sensación de ultratumba. Aquellas miradas frías y fijas, aquellos ojos de muerto que no se desviaban un milímetro, ya que para mirar algo ellos debían mover toda la cabeza con sus movimientos lentísimos, impedían a Duarte olvidarse de que estaba cenando con seres no idénticos a él mismo, con una extraordinaria especie de «zombies» que se mantenían, al parecer, en la mismísima frontera entre la vida y la muerte, incluso más allá que acá. Era aquel helor de tumba que se metía en los huesos, un frío seco y duro, y aquel silencio absoluto que no rompían otros ruidos, sino los provocados por él...

Al terminar su propia colación, la «reina» hizo uno de aquellos mayestáticos gestos con sus manos. En el acto todos dejaron de comer y se levantaron como autómatas. Las sirvientas quedaron inmóviles donde las cogió el gesto. Diríase que habían sido todos petrificados.

La «reina» se volvió a Duarte que aún tenía algo de carne en su plato, pero ya poca, y se sentía satisfecho. Sus ojos verdes llenos de fulgor magnético de nuevo le sujetaron la mente y voluntad.

—Levántate y sígueme.

Era una orden. Ni concebir el desobedecerla. Duarte obedeció despacio aunque con todo mucho más aprisa de lo que ella se alzó.

Resultó ser alta para mujer, tan alta como él mismo. Sin volver a mirarlo, salió de su magnífico sitio y avanzó hacia otra de aquellas puertas áureas, que estaba cerrada, con movimientos plenos de eutritmia, de gracia, de sensualidad. No parecía llevar absolutamente nada bajo la amplia y vaporosa túnica verdemar, constatarlo le encendió a Duarte la sangre de golpe.

La siguió con pasos mucho más pesados de lo que imaginaba. Era como si la cena, o el vino verde, o aquel vapor verdoso, o tal vez todo junto, le hubieran aflojado el cuerpo en una dulce lasitud de pre-embriaguez. Sentíase poseído de euforia y no solo eso, sino también de violenta sensualidad. No podía apartar la mirada de la maravillosa mujer que lo precedía a tres pasos de distancia, entreviendo la perfección de líneas de su cuerpo sinuoso y joven, acariciándola con la mente, encendiéndose en concretos deseos...

Cuando ella alcanzó un punto a unos tres metros de la puerta, las dos hojas de la misma se abrieron en total silencio y con la misma lentitud que actuaba todo allí.

Aquello parecía ser una antecámara y estar lujosamente aderezada; pero ahora Duarte de Almeida solo tenía ojos para la mujer que avanzaba precediéndolo, solo notó que allí no parecía haber nadie. Ella fue derecha hacia otra puerta que casi enfrentaba a la que acababan de cruzar y apenas hubo entrado Duarte en aquella recámara cuando sintió cómo la puerta a su espalda se cerraba con aquel inesperado chasquido seco que rompía los nervios provocando una brutal ansia de gritar.

También la otra puerta se abrió del mismo modo antes de que la «reina» la alcanzara.

Pero esta vez entraron en una alcoba: en la más fantástica, lujosa e indescriptible alcoba que pudiera existir, digna no ya de una reina, sino de la reina de un reino de ensueños.

Cuando la puerta que acababa de traspasar cerróse detrás del periodista alucinado, la «reina» giró y lo afrontó. De sus ojos verdes salieron dos saetas luminosas que penetraron por los de Duarte hasta alguna recóndita región de su cerebro donde debían encontrarse las fuentes de todos los deseos, a la vez que le subyugaban la mente, inmovilizándola en la adoración de tal beldad. Y luego la vio sonreír, con una sonrisa aniquiladora.

—Dime qué te parezco.

Era otra orden; pero dicha en un tono distinto, que crispó a Duarte. Contestó ronco y era una afirmación, empujada por todo su ser.

—Incomparable y única. No hubiera podido soñar que existiera una mujer como usted.

La sonrisa se hizo más honda, más magnética, pero no más cálida,

en la bella boca de la «reina» de Aguas Brancas, la reina del pueblo de los muertos vivos. Ella, desde luego, tenía muchísimo más de viva que de muerta.

—¿Gustas, pues, de mí?

Gustar no era la palabra justa. La deseaba con todas las potencias de su ser, la precisaba para seguir viviendo, se volvía loco imaginándola en sus brazos... Se lo dijo con palabras atropelladas por su ardor y pareció excitarla a juzgar por el evidente cambio de su expresión.

—¿Qué serías capaz de hacer para tenerme?

—Todo.

—¿Qué entiendes tú por todo?

—No puedo pensar... Si logro una sola vez su amor, ya no me importará morir después.

—¿Qué entiendes tú por morir?

Toda una pregunta, para ser hecha por quien se la hacía... Duarte de Almeida trató de ordenar sus ideas y dominar el tumulto de sus emociones...

—No lo sé. De veras, ahora no sé nada, ni nada me importa, salvo eso que estoy leyendo en sus ojos, que me ofrecen sus palabras. No sé qué es la muerte ni qué la vida, ni si ambas son algo más que palabras; no sé quién es usted, ni qué gente es la que usted rige, ni dónde estamos, ni qué espera de mí. Tan solo sé que mi deseo de usted aumenta por instantes, se hace insufrible y que voy a estallar, a deshacerme en dolor impotente, si no la consigo...

Dijo aquello y más. Y ella lo escuchó quieta, bellísima, majestuosa, fascinante, con aquella luz verde fluyendo como un doble dardo de sus pupilas esmeraldinas, tomando consistencia incluso en la vaporosa atmósfera verdemar que les envolvía y llegando directa a sus propios ojos, a su cerebro, para enloquecerlo...

Entonces, cuando se hubo quedado sin aliento, ella hizo otro de aquellos ademanes. A ambos lados de Duarte aparecieron sendas sirvientas, sin más que un brevísimo taparrabos de un material extraño, como piel, pero fluorescente. Una traía en las manos un maravilloso jarro de oro, con altas copas del mismo noble metal, en una bandeja. La otra un pequeño cojín con una daga.

Llegaron despacio junto a la «reina», le hicieron una doble lenta genuflexión. La «reina» tomó la jarra y vertió parte de su contenido en una copa. Luego tomó la daga, cuya hoja de oro purísimo emitió un extraño y siniestro resplandor.

—Acércate.

Duarte obedeció. Se paró ante la «reina» sin apartar la vista de sus ojos, dominado por la luz que irradiaban.

—Alarga tu brazo izquierdo, con la palma abierta, hacia arriba.

Cuando lo hubo hecho, ella le tomó la mano con las suyas. Semejaba de mármol, le insufló hielo en las venas y a la vez le hizo arder.

Luego, con la punta del cuchillo de oro le hizo una larga y poco profunda incisión en la cara interior de la muñeca. De allí brotó la sangre, roja y brillante, de inmediato.

Fue como si su vista sobreexcitara no solo a la «reina», sino también a las camareras. Se dilataron sus narices y temblaron, se entreabrieron sus bocas como las de niños ante el horno abierto de una pastelería. Duarte lo vio y sintió una fuerte conmoción, pero se mantuvo fascinado.

La que trajo la jarra y la copa tomó esta y la colocó justo debajo del antebrazo extendido del periodista, para recoger en ella su sangre. Mientras, la «reina» volvió a sí la punta de la daga y se pinchó levemente la mano izquierda. Inmediatamente tiró la daga sobre el cojín que le tendía la otra camarera y asió con su mano de mármol blando, suave, la muñeca de Duarte en el punto donde fluía la sangre; fue una presión atroz, que casi hizo gritar al hombre alucinado.

Después ella misma tomó y colocó, debajo la copa, todo sin permitirle zafar la mirada.

Permanecieron así un tiempo que Duarte de Almeida no pudo ni siquiera calcular. Notaba, eso sí, que su sangre goteaba, fluida, en la copa, mezclada con la de la «reina», el loco palpitante de sus pulsos y su corazón, una fiebre terrible y también, miedo, un miedo jamás sentido que le brotaba de las raíces del alma y de las últimas fibras del cuerpo para fundirse en su salvaje deseo genésico y sensual como un arrollador afrodisíaco y provocarle un goce intensamente doloroso. Se le borró todo de la mente, se sintió penetrado y poseído por la mirada verde, volatizado y vuelto a recrear...

Luego ella lo soltó y dio un paso atrás, alzó con ambas manos la copa de oro hasta su boca y pareció olisquear con intensa fruición, bebió despacio la mezcla de sangre y lo que fuera que antes escanciaran de la jarra, un largo trago claramente paladeado.

Duarte la contemplaba en vilo, incapaz de ninguna reacción. Las dos camareras se habían ido tres pasos atrás y permanecían inmóviles como estatuas, con sus frías miradas de muerto y su fresca belleza física formando un espeluznante contraste. Solo había silencio, y aquella niebla verde, y aquella verde luminosidad espectral...

Tras haber bebido, la «reina» le tendió la copa.

—Ahora bebe tú.

Obedeció. La copa era mucho más pesada de lo que supuso y quedaba en ella una repugnante mezcla de su propia sangre con la de la

«reina» y el líquido escanciado de la jarra. Pero la bebió y el acre sabor inmediato se tornó enseguida fuego en sus venas, un ardor inexpressable y una violenta sensación de vigor sexual.

Cuando separó la copa vacía de sus labios volvió a chocar con la mirada verde. Pero ahora aquellos ojos centelleaban de exultancia, de una cruel, intensísima, satisfacción.

—Ya eres mío. Me tendrás y conocerás un amor como nunca soñaste que existiera. Síguelas.

Obedeció. Le habría pedido que fuera a meterse de cabeza en las fauces de un tigre hambriento, que se tirara a un volcán en erupción, que asesinara a su propia madre, y lo habría hecho sin vacilar, con la esperanza de, inmediatamente después obtener lo que le prometía.

Pero no tuvo que arrostrar ninguna otra prueba. Las camareras le condujeron a una habitación que parecía una sauna, pero no lo era, ordenáronle desvestirse por completo y luego colocarse en determinado punto de la misma, donde había una ligera depresión oval. Inmediatamente, del suelo emergió una lluvia pulverizada convergiendo sobre su cuerpo, fría, intensamente olorosa, y la misma cayó del techo sobre él.

Al terminar aquella curiosa ducha, las camareras llegaron despacio, una portando lo que parecía ser un jarro de algún líquido, el cual vertió sobre su cuerpo por el agujero delgado de un pitorro curvado y en forma de cuello y cabeza de un pájaro que Duarte no acertó a reconocer. La otra procedió a ungirlo cuidadosamente con aquel líquido oleoso y fuertemente aromatizado, todo ello, ambas con lentos movimientos. Tendido cuan largo era encima de una tabla de malaquita muy fría, sintiendo las manos heladas y suavísimas, muy expertas, de aquella muchacha de cuerpo joven, elástico y hermoso, rostro impasible y ojos totalmente fijos; de muerta. Duarte de Almeida sintió de pronto que lo estaban embalsamando para meterlo en su sepulcro. Fue una sensación realmente terrorífica, que no pudo dominar.

No estaban preparándolo para la muerte, sino para el amor, no para ocupar un ataúd, sino para compartir el lecho con la mujer más maravillosa y fascinante que en sus más locos sueños eróticos hubiera podido soñar. La «reina» del pueblo de muertos vivos de Aguas Brancas, aquella gente imposible que de ningún modo, racionalmente, podía existir...

Pero existía.

## Capítulo 5

L

O que Duarte de Almeida vivió aquella noche en la alcoba de la «reina» de Aguas Brancas él mismo no habría sido ni remotamente capaz, en caso de encontrarse sereno, normal, de relatarlo con todos sus detalles. No existían palabras en ningún idioma para expresar las cimas y los abismos de pasión y goce tanto físico como espiritual que degustó, conoció, exprimió, a lo largo y ancho de aquellas horas inefables.

Luego el mismo agotamiento provocado por la terrible intensidad de aquellos goces dejóle dormido en los brazos de aquella mujer de fuego y hielo, semejante a ninguna.

Para despertar con el sol pegándole de lleno, tirado en la hierba bajo el gran árbol, mientras en el follaje cantaban los pájaros y sobre él revoloteaba una gran mariposa de alas azules de las cuales había, bien definido, el dibujo de una calavera.

No había ni rastro del pueblo de Aguas Brancas. Pero él estaba totalmente desnudo y descalzo.

Tardó en recuperar el control de su mente embotada. Al sentarse y pasear la mirada a su alrededor descubrió unas sandalias parecidas a las que usaban los campesinos de la región y una especie de camisa, o túnica, sin apenas mangas, de tejido de algodón, con un cordón de la misma fibra. Su equipaje había desaparecido pero habían quedado las armas y el cinto con las cartucheras.

Lentamente comenzó a comprender. Las gentes de Aguas Brancas solo vivían de noche, durante el día descansaban. Y él debería hacer lo mismo, ponerse a su ritmo; debería hacerlo si deseaba seguir gozando del fantástico amor de su «reina». Dormir de día, vivir de noche...

Por lo pronto estaba debilitado, cosa lógica tras la apasionada orgía de amor que había protagonizado. Además sentíase hambriento como un loco. Y no había comida a la vista, se la tendría que procurar...

Levantándose, vistióse aquella especie de túnica que solo le llegaba a las rodillas, se la sujetó con el cordón, se calzó las sandalias y se acomodó el cinturón con las cartucheras. Al abrirlas para comprobar su contenido descubrió el encendedor en una de ellas. No dejaban nada al azar...

En lo profundo de las grutas... Muertos vivos... No, ella, Mayla, no, ella no estaba muerta aunque reinara sobre aquel pueblo de «zombies».

La había tenido en sus brazos, había gozado intensamente su amor, sus besos, sus caricias, sus delirios y arrebatos... Ella no estaba muerta, sino viva y muy viva...

Aunque tuviera la piel fría como el mármol en el interior de una catedral, aunque el contacto de su cuerpo le transmitiera escalofríos de ultratumba y le insuflara en los tuétanos un miedo irracional, aunque sus ojos de esmeralda irradiaran aquella fantástica luz verde, como si dentro de ellos hubiese sendas pilas eléctricas, aunque su aliento perfumado no fuera cálido, sino semejante a esa brisa cortante que recorre el campo en las claras madrugadas invernales. Sus besos, sus transportes de pasión, sus caricias refinadísimas, crueles, provocadoras de paroxismos de placer, de éxtasis intensamente dolorosos, no eran de una muerta, desde luego. Su voz profunda, a veces ronroneante, otras como el chasquido de un látigo, no era voz de muerta. Y cuando llegaba el pleno éxtasis, la comunión total ya no era fría, por unos momentos que duraban eternidades volvíase un puro volcán, lo abrasaba, parecía ir a consumirlo, resecarlo, convertirlo en pavesas...

Vagó por la meseta sin rumbo fijo pero cuando se dio cuenta estaba ya casi en el extremo opuesto a aquel por dónde llegó. No había nada allí que se diferenciase de lo que ya conocía e iba a dar media vuelta para retornar a su «acampada» cuando de pronto llegó a sus narices un insufrible hedor a carroña procedente de allí cerca.

Súbitamente alerta, y a la vez desconcertado porque no podía imaginar qué animal de allí arriba podría, con sus despojos, provocar tanto hedor. Duarte se encaminó en la dirección de donde venía.

No tuvo que caminar mucho. De repente vio un sendero claramente delimitado ante la densa maleza, como si alguien transitara mucho por allí. Siguiéndolo y debiendo contener el aliento en parte porque aquel olor le revolvió el estómago, desembocó en el punto de donde procedía.

Y quedó helado de horror.

Había un gran hoyo, a todas luces no natural aunque por sus bordes se desbordaba la maleza y todo él aparecía bordeado por la lujuriente selva, de más de veinticinco metros de diámetro, y forma oval, con una profundidad que no bajaría de seis y tal vez fuese mayor.

Estaba más que mediado de huesos. Era un enorme osario en cuyas capas inferiores los esqueletos debían hallarse ya convertidos en cal, pero en las superiores brillaban al sol en una palidez aún no enteramente blanca. Los que se encontraban más arriba incluso mostraban restos, piltrafas, de carne pegadas a los huesos. Y a un lado, no lejos del punto donde él había desembocado, un montón de despojos nauseabundos se pudría emitiendo aquel insufrible olor.

Pero aquel no era un cementerio de animales, sino de humanos. Los

cráneos de forma y aspecto inconfundible, lo indicaban. Un osario que debía contener centenares y centenares de esqueletos humanos.

Duarte permaneció allí clavado, con la mirada dilatada y el cerebro lleno de horror, durante algunos minutos. Luego retrocedió, tras dar media vuelta, y huyó de allí como si le persiguieran animales feroces.

No se detuvo hasta que sus pulmones respiraron de nuevo aire limpio de miasmas. Entonces, sudoroso y no precisamente por el esfuerzo de la carrera, fue a reclinar la espalda contra el tronco de un árbol mientras procuraba reunir sus dispersas ideas.

Aquel osario tenía un significado especialmente siniestro allí arriba. ¿Cuál era su exacta relación con el pueblo de Aguas Brancas? Los súbditos de Mayla estaban casi vivos, casi muertos, eran casi «zombies», pero a todas luces sus esqueletos sustentaban a sus cuerpos...

Casi vivos, pero no vivos. Casi muertos, pero no muertos. Y se alimentaban, él les vio comer, compartió su comida. Aquella carne tan jugosa y tierna, condimentada con una salsa roja en la que entraba sangre...

Sintió una brutal arcada y vomitó. Agarrado al árbol echó literalmente las tripas.

Al terminar sudaba copiosamente y se sentía estremecido por un horror agónico. Las gentes de Aguas Brancas, los «zombies», los individuos suspendidos entre vida y muerte... o lo que quiera que fuesen y como quiera que estuviesen, se alimentaban a no dudarlo con carne y sangre humana, aquel osario era el equivalente al muladar donde los humanos caníbales, sin duda atrapaban a sus víctimas en las cercanías, o más lejos, tal vez formando expediciones nocturnas, tal vez por medios sobrenaturales... Y por eso las gentes de la región odiaban y temían a la montaña, a sus habitantes, aún ignorando la realidad espeluznante que eran, por eso aquel camionero que le trajo dijo que ni por un millón subiría... Aquel era el sentido exacto de las incoherencias del ingeniero que subió tiempo atrás a la montaña contando treinta y pocos años y a los pocos meses fue encontrado sobre una balsa a la deriva en el río Uruguay, convertido en un anciano de más de setenta.

Caníbales... Y él había compartido su horrible banquete de carne humana, comió de aquella carne y hasta sintió placer al comérsela, la encontró exquisita. Era para enloquecer...

Volvió a verse acometido por las brutales arcadas, y aunque en su estómago no quedaba ni rastro de lo que poco antes comiera, y sabía que había comido la carne de un inofensivo animal, volvió a retorcerse en dolorosos espasmos, sudando a chorros...

Estaba caído, prácticamente desmayado, sobre el santo suelo cuando se hundió el sol en el horizonte. Tenía los ojos cerrados y respiraba de manera estertorosa mientras en su cerebro atormentado se revolvían las imágenes de su orgía de amor con Mayla mezclándose a las del banquete, la cerveza, dónde «descansaban las gentes de Agua Brancas y el osario». Sentíase enfermo hasta más allá de lo soportable, sacudido por náuseas espasmódicas. Sabía que nada podía impedir, ni intentar, y no quería moverse de allí, deseaba reventar como un perro en medio de la maleza...

Álzate y síguenos.

Allí estaban... Habían llegado tan silenciosos como de costumbre, no les oyó. Eran los mismos que vinieron a su encuentro la malhadada tarde en que encendió la hoguera, sin duda alguna los encargados de él. Estaban a corta distancia, mirándolo con sus ojos de muerto, inescrutables como estatuas, inmóviles, implacables, «zombies» seres malignos, comedores de carne humana...

Duarte sintió de repente un odio violento hacia ellos mezclado a un profundo horror. Pero a la vez sabía que podían destruirlo sin mayor esfuerzo mientras que él, probablemente, nada podía hacerles, ni aun usando sus armas, por eso se las dejaron.

Cuando el portavoz del grupo repitió la orden con idéntica inexpressividad, obedeció. Tenía que ir a Mayla, mirarla a los ojos deslumbrantes y preguntarle, exigirle...

No podía, ella se lo avisó. Ni preguntas ni iniciativas, porque sería cruelmente castigado.

¿Y qué le importaba ya? ¿Acaso podía haber peor castigo para su curiosidad y su audacia de periodista que el verse forzado a convivir con tales seres y haber comido carne humana? Que lo mataran de una vez...

Pero conforme caminaba aquel coraje horrorizado cedió lugar a otros sentimientos. Recordó su primera y hasta entonces única noche de amor con Mayla, cómo la había deseado y cómo la había poseído, lo que le juró que era capaz de hacer y soportar con tal de conseguirla. La consiguió, y, desde luego, no estaba ni mucho menos saciado de ella, antes bien solo el pensar en la posibilidad de repetir lo realizado la noche anterior volvió a enardecerlo...

Esta vez no hubo las ceremonias de las anteriores, le hicieron pasar directamente a una habitación donde esperaba Mayla. Ahora vestía una túnica semejante en textura a la llevada la noche anterior, pero de un verde muy oscuro, constelada por misteriosos signos bordados con hilo

de oro, y no llevaba ni pectoral ni adornos de cabeza. Apenas quedaron solos sus ojos irradiaron el fulgor verde y de inmediato Duarte sintió que se apoderaba de su mente, de su voluntad. Entonces comprendió todo el tremendo significado de las palabras que ella pronunció tras de compartir la mezcla de sangre y licor de la noche anterior, bebiéndola en la copa de oro: «Ya eres mío...» Lo era, puesto que dominaba su cerebro, podía, sin duda, leerle los pensamientos, aherrrojaba su voluntad. Tan suyo como un animal indefenso y asustado.

—No tienes ninguna razón para asustarte, ni para horrorizarte de nosotros. Viniste por tú propia voluntad aquí arriba, sabías que estabas corriendo riesgos, querías conocernos y saber, tú mismo lo dijiste. Pues bien, estás sabiendo y conociéndonos. ¿Cuál es tu queja?

La voz era imperiosa, parecía algo irritada pero absolutamente normal, el tono en que una madre comprensiva hablaría a su hijo pequeño, más que el de una reina a un extranjero díscolo, o una mujer al amante que la malhumora. La actitud igual.

—Coméis... carne humana.

—En efecto. La necesitamos. Tú la comiste anoche sin saber qué era y la encontraste muy delicada de sabor.

—Es... espantoso... Vi ese osario...

—Tranquilízate. Y procura entenderlo. Tal vez sea espantoso para ti, que eres como ellos, no lo es para nosotros, que pertenecemos a una especie diferente aunque de apariencia física similar.

—¿No sois... humanos?

—No somos como esos que comemos. Sin embargo, su carne y su sangre son las más afines a las nuestras y nos permiten sobrevivir. Dime dónde está el mal, y dónde el horror. Están en tu mente de hombre de Más Allá, no en la realidad objetiva de los hechos. Del mismo modo que vosotros matáis y destruir para alimentaros, vestiros y gozar de la vida, hacemos nosotros. Hoy mismo has dado muerte a un pequeño animal que ningún daño te había hecho. Lo hiciste para alimentarte, ya que tenías hambre, devoraste con apetito su carne y aun sin condimento ninguno te supo sabrosa. ¿Te has parado a pensar en lo que para ese animal, y los de su especie, eres ya por tu acción?

No... no es lo mismo.

Tú lo dices. Tienes, como todos los de tu especie, un cerebro relativamente desarrollado, capaz de coordinar ideas. Como casi todos los de tu especie, te consideras un poco el ombligo del Universo, piensas que tú y los que se te asemejan sois la medida de todas las cosas, que todo existe únicamente en función relativa a vosotros. Sois, en efecto, los máximos ególatras conocidos, también los más estúpidos y crueles. Contéstame a esto. ¿Ahora mismo no hay gentes de tu especie

asesinando, destrozando a semejantes suyos incluso por placer? ¿No les hay lanzando proyectiles desde el aire sobre semejantes suyos indefensos, quemándolos vivos tan solo porque los tienen enfrente y ejecutando sobre ellos toda suerte de actos de extrema crueldad?

No podía contestarle, de una parte porque estaba diciendo una abrumadora verdad sin posible excusa moral, otra porque ya comprendía. Ellos no eran... no eran...

—No, no somos semejantes a vosotros, de lo cual nos sentimos orgullosos. Se os desprecia tanto como se os odia y se os teme, Duarte, no sé de nadie que tenga para vosotros palabras o pensamientos de indulgencia, sois una rama aberrante y maligna de la Gran Familia, claramente refractaria a todo intento de regeneración. Sé lo que estás pensando. Aquellos que creéis, prueban lo contrario, no hacen sino confirmar la regla, la verdad de lo que acabo de decir; no pertenecen a vuestra especie, aunque lo parezca por su físico, o bien son individuos afortunadamente rescatados.

—¿Puedo preguntarte quiénes sois y de dónde vinisteis?

—Ya lo has hecho. Nuestro hogar está muy lejos y tu cerebro no puede captar ni asimilar las imágenes que de él yo podría transmitirte, si lo hiciera abrasaría tus células cerebrales y morirías fulminado. Por lo mismo no te hablaré de él, ya que sería como explicarle a uno de vuestros niños pequeños altos cálculos matemáticos y detalles específicos de la bioquímica experimental. Sí, tu cerebro es muy rudimentario, como los de los individuos de tu especie; y encima solo potenciáis como mucho, una décima parte del mismo. No pretendas alcanzar las estrellas siendo como eres insecto del polvo.

Hizo una pausa leve para moverse por la estancia de aquel modo suyo inimitable, incomparable. No miraba directamente a Duarte, que la contemplaba alucinado.

—En cuanto a la otra mitad de tu pregunta, somos seres vivos, biológicamente tan vivos como tú; pero estamos de tal modo conformados que solo podemos vivir cuando esa estrella que a vosotros os da luz y vida desaparece. En nuestro hogar también tenemos una fuente de energía. Es verde. Allá todo es verde y negro. Nuestra sangre es verde, la temperatura de nuestro cuerpo, que podemos a voluntad regular, va de una máxima de cinco grados sobre cero a una mínima de cien bajo cero, eso nos permite petrificarnos, como ayer lo descubriste, para reposar y no malgastar energías inútiles. Poseemos cerebros totalmente potenciados y desconocemos la enfermedad, mil años vuestros son apenas el curso de una vida normal para nosotros. Pero las condiciones biológicas de tu planeta son tan diferentes a las de nuestro hogar que no podemos permitirnos derrochar energías físicas ni

fisiológicas, en espera del tiempo de retorno.

—¿Tiempo de retorno?

—Llegamos aquí cuando tu especie no se diferenciaba apenas de los que llamáis animales y algunos de los actuales antropoides estaban incluso más desarrollados socialmente que vosotros. No vinimos por nuestro gusto, fue un desgraciado accidente. Teníamos que sobrevivir hasta que viniesen a rescatarnos y para conseguirlo debimos adaptar nuestro organismo a las condiciones biológicas de este planeta tuyo... Sí, es tan lejos. Veinte mil años vuestros dura el viaje. Si puedes, haz el cálculo.

No podía, desde luego. En realidad no podía pensar, tan fantástico era lo que escuchaba.

—Fue un desdichado accidente. Este vuestro era un hermoso globo azul, con grandes extensiones verdes, nos pareció interesante y digno de ser explorado, descendieron varias naves pequeñas de la grande en que viajábamos y fueron a posarse en los lugares designados. Entonces, mientras sus ocupantes trabajaban, ocurrió la catástrofe, algo falló en los mandos de dirección de la gran nave nodriza y antes de que pudieran reparar la avería, demasiado complicado todo para que tú pudieras entenderlo, fueron atrapados por una energía antitética en un campo magnético-temporal diferente. Eso provocó de inmediato la destrucción total de la gran nave y dejó a las de exploración inermes, dado que no estaban construidas para tan largo viaje como el que suponía volver a nuestro hogar.

»Muchas antiguas leyendas de tu especie brotaron de aquella tragedia que nos forzó a permanecer aquí. Han pasado sesenta generaciones nuestras desde entonces; hemos tenido que adaptarnos, edificar nuestros alojamientos subterráneos, crear condiciones biológicas aceptables a nuestros organismos, buscar todo lo necesario para sobrevivir. Sabemos que vendrían a rescatarnos, pero el viaje es largo, incluso para nuestras medidas del tiempo. No podemos comunicarnos con nuestro hogar porque está mucho más allá del campo magneto-espacial de este planeta, por lo demás podemos movernos por él como nos place, eso sí, dentro de nuestras limitaciones biológicas. También muchas de vuestras leyendas siniestras han nacido de eso. Ese gas que nos está envolviendo potencia nuestro sistema respiratorio y limpia de impurezas nuestra sangre, pues su composición es idéntica a la de la atmósfera de nuestro hogar. Este edificio en que estás, como todos los demás, son creados y reales, pero durante el día desaparecen, y no solo a la vista sino también al contacto físico de los seres de este planeta, motivo por el cual los rudimentarios aparatos que consideráis maravillas de vuestra ciencia no han podido detectarlos.

Nuestra vida, la de todos esos hombre y mujeres que ha visto, es distinta a la vuestra, actuamos en un plano muy superior, mental y espiritual, para que lo comprendas vivimos «hacia dentro». Del mismo modo que nuestros ojos pueden emitir luz a voluntad podemos levitar y recorrer grandes distancias sin esfuerzo especial, realizar muchas otras cosas que te parecerían fantásticas e inconcebibles. Somos los trasgos, las brujas, los genios de la noche, y todas esas criaturas de vuestras pesadillas de animales carniceros. Pero es aquí, en estos refugios que nos hemos edificado en lugares ocultos e inaccesibles, donde debemos permanecer constantemente, a la espera del Gran Día que nos permitirá retornar.

Se volvió y miró a Duarte de lleno, seguía siendo su mirada, su expresión la de una madre fríamente condescendiente hacia su hijito pequeño y curioso.

—Descubrimos pronto que, de entre todos los animales que poblaban este planeta la carne y la sangre de tu especie eran las más afines a las nuestras en su composición molecular, de modo que desde entonces nos alimentamos con individuos jóvenes y sanos. Mantenemos exactamente la proporción y el número de los que de nosotros descendieron a este planeta, no queremos, no nos conviene, proliferar ni variar. Cincuenta gramos de sangre humana fresca y dos libras de carne, son suficiente para que uno de nosotros conserve sus energías durante una semana, ya ves que no es mucho. Todos los humanos que nosotros sacrificamos y consumimos en un año son menos de los que en un solo día se destrozan estúpidamente en las calles y carreteras de cualquiera de los que llamáis países civilizados. No me dirás que somos sanguinarios ni crueles. Desde luego tomamos otros alimentos. Parte de ellos crecen en la meseta, la mayoría los producimos en nuestros campos de cultivo subterráneos.

Pero tú... tú...

—¿Me diferencio de los demás? Solo por el hecho de que he sido potenciada, preparada para gobernar nuestra colonia. Eso me concede ciertas prerrogativas y como contrapartida me condiciona en cierto modo. Por ejemplo, ahora te necesito. Necesito tu amor, tu fuego, tu vitalidad, igual como podría necesitarlos una fogosa hembra de tu especie. Para que podamos sobrevivir, los de cada generación que aquí nace han de llevar en su organismo cromosomas pertenecientes a tu especie, que les inmunicen contra la destructora acción de los rayos de vuestra estrella y contra otras determinadas amenazas biológicas del planeta. Eso solo puede conseguirse mediante la cópula entre una mujer de nuestra especie debidamente potenciada y un macho de la vuestra sano y vigoroso. En otras palabras, yo soy como la reina de un

hormiguero o una colmena, cada cierto tiempo concibo y doy a luz a uno de los nuestros que va a sustituir a otro que muere y no podrá volver al hogar jamás. Soy la única capacitada, nadie, ni los machos ni las hembras de mi especie que habitan aquí, están capacitados para engendrar y concebir, se ha hecho así para que no sufran demasiado la añoranza del hogar perdido, también porque, atrapados como estamos, envueltos en un campo magnético-espacial diferente y enemigo del nuestro, nuestros espíritus no pueden alejarse y reencarnarse allá, en nuestro hogar, deben quedar aquí hasta la consumación de los tiempos. Es por eso que ellos te parecen ni vivos ni muertos...

## Capítulo 6

A

HORA ya lo sabía...

Y saberlo no traía ningún alivio a su alma, a su corazón. Saberse poseído por Mayla, la reina del pueblo de extraterrestres llegados casualmente al planeta y forzados a permanecer en él por una catástrofe imprevista de su nave, cuando los humanos se diferenciaban apenas de los animales con quienes pugnaban por el dominio del «hábitat» resultaba a la vez abrumador, excitante, enloquecedor, magnífico...

Y le había hecho conocer las raíces del miedo, de aquel pánico sobrenatural que debieron sentir los primeros hombres ante los grandes fenómenos naturales contra los cuales carecían de toda defensa, un miedo que no surgía de la mente, sino de los tuétanos.

Era el esclavo, el semental, de Mayla. No había nada semejante al sentimiento humano denominado amor en sus relaciones puramente físicas; pero también era cierto que no habría cambiado aquellas relaciones tal y como iban transcurriendo, por el amor de una de su especie, por hermosa y perfecta en todos los sentidos que fuera.

Del orto al ocaso, dormía. Como un animal, pesada y profundamente, horas y horas, sin ver su sueño turbado porque estaba siendo protegido por los poderes invisibles pero efectivos, de Mayla y su gente. De cuando en cuando cazaba alguno de aquellos animales parecidos al pécarí y se alimentaba con su carne. También le servían de alimento tubérculos, frutas y bayas que la intuición, a todas luces guiada por las instrucciones llegadas a su mente, decía eran comestibles y dónde podía encontrarlos. La suya era una existencia absolutamente vegetativa, idéntica a la que llevaban los salvajes en el fondo de la Amazonia. Recolectar alimentos, dormir, hacer el amor físico, comer...

Había vuelto a comer carne humana. Loco de asco y repugnancia al principio, sin embargo impelido a hacerlo por el deseo de Mayla, la dueña de su ser y su mente; poco a poco habituándose. Ahora ya volvía a encontrarla sabrosa y agradable.

Una de aquellas noches Mayla lo llevó a presenciar el sacrificio de un humano. No le forzó a ello como a nada era forzado, simplemente le preguntó si lo quería ver, e impulsado por una morbosa emoción del todo impura, él dijo que sí...

Abandonaron el palacio y atravesaron por los caminos de la noche, escoltados por varios hombres que proyectaban haces de luz verde desde sus pupilas para mostrarle el camino hacia las cavernas. Entraron por otra de ellas y descendieron profundamente en el interior de la montaña, recorriendo maravillosas cavernas donde la luz verde emitida por los ojos de la gente de Aguas Brancas arrancaba fantasmales reflejos, hasta el matadero. Era una cueva negra en cuyo centro había una mesa sacrificial negra y pulida, de un mármol o diorita, brillante. Aparte ellos dos habría tal vez media docena de escoltas y otros tantos matarifes, estos completamente desnudos, más un anciano de lengua barba y majestuosa figura que resultó ser una mezcla de sacerdote, mago, científico... Duarte no pudo decir exactamente qué...

A un gesto de Mayla trajeron a una hermosa muchacha de cabellos dorados, completamente desnuda, en unas curiosas parihuelas entre cuatro de los matarifes. Parecía dormida y desde luego no advertía nada. Tomándola, la tendieron sobre la mesa de basalto, luego el anciano de aspecto impresionante se acercó y realizó sobre ella unos ritos silenciosos, misteriosos, impresionantes. Duarte ya sabía que el pueblo de Mayla no necesitaba modular palabras para entenderse, aunque estaban perfectamente capacitados para ello. Entre sí se comunicaban por telepatía, con los humanos de viva voz, podían aprender en sus mentes, directamente su idioma, cualquiera que fuese, en poco tiempo.

Al terminar sus conjuros, o lo que fueran, el anciano extendió la mano izquierda y uno de los matarifes puso en ella una daga de oro semejante a la utilizada por Mayla el día de su pacto de sangre. Empuñándola, el anciano acercóse a la muchacha inerme, dormida, y le hizo un corte en la carótida con un movimiento despacioso.

La sangre brotó como un surtidor rojo, centelleando al ser tocada por la luz verde emitida por los ojos de muerto de las gentes de Mayla. Estremecido, aterrorizado, excitado también, Duarte de Almeida vio cómo aquella sangre fresca caía exactamente en un recipiente de oro puro, como todo lo que parecía ser utilizado para aquella tarea espantosa. Fue el único, el siniestro ruido que se escuchó durante los larguísimos minutos que tardó en vaciarse aquel cuerpo de toda su sangre, el contrapunto del total silencio. Aquel, y el resollar sordo, espasmódico, del propio Duarte.

Cuando toda la sangre estuvo recogida los matarifes entraron en acción. Con afilados cuchillos abrieron el vientre de la víctima y procedieron a vaciarlo del paquete intestinal, si bien separaron el hígado, dejándolo a un lado. Todo lo demás a excepción de los riñones, fue echado en un cubo donde al caer produjo un ruido sordo que casi

hizo gritar a Duarte. Había querido volverse, sintiendo la misma brutal ansia de vomitar que cuando descubrió el osario y entendió, pero ahora se vio sujeto, dominado por la mirada verde, y aquella mirada imperiosa le detuvo la náusea, lo galvanizó, lo forzó a permanecer atento a la atroz escena aunque sin eliminarle el horror, la angustia.

Igual que expertísimos cirujanos en el quirófano, los silenciosos matar fes, fueron destrozando cuidadosa y diestramente el bello cuerpo de la muchacha, colocando los pedazos de carne aún palpitante sobre sendas bandejas que muchachas aún más bellas que la muerta, surgidas de la oscuridad, traían y en las cuales se los llevaban, volviendo a desaparecer. Poco a poco aquel hermoso cuerpo de mujer joven perdió toda su forma, se convirtió en algo horrendo, un animal sacrificado y destrozado. Tan solo quedaba intacta la cabeza, la bellísima cabeza coronada por la espléndida cabellera rubia, los ojos cerrados y una expresión de paz, como la del que duerme profundamente. Era aquella cabeza la que daba toda su dimensión a aquel horror.

—No has visto más ni menos de lo que se ve a diario en cualquier hospital de cualquier gran ciudad vuestra —le dijo Mayla con su fría indiferencia—. De lo que puede verse a diario en cualquier matadero donde os surtáis de carne fresca para alimentaros.

—No es lo mismo...

—Para ti, que perteneces a la misma especie de ella. Pero para nosotros es exactamente igual. Era joven, estaba sana, será una carne muy tierna y sabrosa la que esta noche comeremos.

La que iban a comer aquella misma noche... ¡Oh, no, él no, no...!

—La comerás si quieres. Nadie te obliga a ello.

Mentía. Sí era obligado, ella lo forzaba a realizar, a soportar, cosas que le repugnaban y lo horrorizaban. Al haberse apoderado de su mente, ahora lo comprendía arrebatóle el libre albedrío, la posibilidad de reaccionar negativamente a sus órdenes solo era él, Duarte de Almeida, un «zombie», un verdadero «zombie» sin voluntad propia.

Ni siquiera estaba ya seguro de que llegó hasta la montaña empujado por su propia iniciativa. ¿Quién le decía que todo no había sido planeado en alguna forma por Mayla y su pueblo de ultramundo para atraerlo allí y convertirlo en lo que estaba convertido? Un semental, una máquina de proporcionar placer y fecundar a la «reina» de aquella colonia de seres no exactamente humanos, pero tan humanos que necesitaban comer carne, y beber sangre, humanas para poder sobrevivir adaptados al medio ambiente del planeta.

Pero en cualquier caso ya era demasiado tarde para rectificar, retroceder. Estaba atrapado, tanto como si lo hubieran metido en una jaula, en la cima de la maldita montaña habitada por el pueblo

ultramundo y por ellos convertido en fortaleza. ¿Quién, jamás, pensaría en venir a buscarlo? Tal vez andando el tiempo, cuando pasaran semanas y meses y nada se supiese de su paradero. Pero, ¿estaría él vivo para entonces? Probablemente no. Y aun cuando lo estuviera, «ellos» encontrarían el modo de impedir que los suyos, los realmente humanos, pudieran llevárselo a dónde le fuese posible contar toda su horripilante experiencia...

Estaba perdido, por completo. Jamás volvería a vivir su existencia normal entre los de su especie, a ver, oír, gozar, de los infinitos placeres que, ahora lo sabía, conforman la existencia del hombre en la Tierra. Para siempre convertido en un «zombie» sin voluntad propia, esclavo-mental de la «reina» del pueblo de Aguas Brancas...

\*\*\*

Comió la carne de la muchacha sacrificada. Y la de otros infelices cazados solo Dios y los del ultramundo, sabían dónde, para servir de alimento a Mayla y su pueblo. Gozó el amor de Mayla una y otra noche, de un modo que ya le resultaba atroz, pura tortura mental y física, porque no podía separar el intensísimo placer que obtenía en sus brazos del recuerdo de todas las horripilantes cargas que lo contrapesaban. Pero Mayla se había apoderado por completo de su mente y su voluntad.

De día parecía aún dueño de sus actos, amo y señor de la meseta. Una falacia, un sarcasmo. En efecto, podía moverse libremente por ella, disfrutar del aire puro de la cumbre, de las exquisitas frutas, los tubérculos, las bayas, la carne de los animales que cazaba, como un Tarzán. Pero todos sus intentos de superar la barrera, ascender a algunos de los que ya sabía cerros artificiales recubiertos por rocas y tierra vegetal, terminaban en crueles fracasos. La maleza parecía cobrar una vida maligna para cerrarle el paso, se fatigaba inútilmente y llegó a mellar su cuchillo de caza cortando tallos y ramas que eran sustituidos de inmediato por otros más espesos, tenaces, hostiles. Tanteó metro a metro todo el perímetro interior de la meseta, kilómetros y kilómetros, sin encontrar el menor resquicio para escapar.

Ahora Duarte ya sabía que Mayla nunca sintió por él ni aun siquiera atracción del instinto. Pura y simplemente lo utilizaba como usaría a una máquina, un medicamento o cosa así. Eso le provocaba horror, odio, rabia, dolor, vergüenza y asco, pero sobre todo una brutal sensación de impotencia...

Moral, espiritual, no fisiológica. Los malditos brebajes que bebía sin duda poseían un fantástico poder afrodisíaco, dado que realizaba

hazañas de aquel tipo muy superiores a lo natural y prudente, a lo posible en un hombre por muy vigoroso que fuera.

Con todo, pronto comenzó a sentir síntomas de debilitamiento. Primero fueron ligeros y apenas advertibles, pero pronto aumentaron en frecuencia, intensidad y variedad. Eran los clásicos síntomas que asaltan al hombre que inicia su declive físico, pero para él solo se trataba de las lógicas consecuencias de los excesos.

Cuando se lo dijo a Mayla ella casi sonrió.

—Así que comienzas a sentirte fatigado de mí...

—No es eso. Pero en el tiempo que llevo contigo he exigido a mi cuerpo muchísimo más esfuerzo del que un hombre razonable debe. Esos afrodisiacos que tomo me extraen todas las energías y pronto, si no acudo al remedio, me quedaré tan seco como uno de esos huesos que llenan la gran fosa donde echáis los despojos de vuestro alimento.

—Cuando eso suceda, marcharás.

Marcharía... ¿A dónde iría él cuando se quedara fisiológicamente agotado y sin sustancia? Curiosamente había olvidado por completo toda la historia que le trajo, no recordaba ni el menor detalle de la misma, cuando trataba de esforzarse en tal dirección se le provocaba una violentísima cefalalgia que casi le hacía gritar de dolor.

—Aún te falta para eso. Mientras tanto, olvida tus aprensiones y comparte mi gozo...

Su gozo... Ella no era una mujer, no una de su especie, ahora lo sabía. Ella era una devoradora de vida, un monstruo bellísimo. Era Medea...

Pero él no tenía voluntad, ni energía para resistirse a las infinitas seducciones con que su dueña y señora lo envolvía, tentaba, premiaba su docilidad. ¿O acaso él, su tortura espiritual y moral, eran realmente el gozo de Mayla? A menudo le asaltaba aquel pensamiento.

Cada día con menos fuerzas físicas y menos esperanzas. Por otra parte había dejado de contar el tiempo. Al principio usó el tallar una muesca por cada día que pasaba allí encerrado, en el tronco de un gran árbol junto al cual despertaba cada mañana. Pero un día descubrió que alguien había borrado aquellas marcas. O acaso despertó al pie de otro árbol. Pero por mucho que las buscó no dio con ellas. Desde entonces dejó de hacer más marcas y ya no recordaba cuánto tiempo llevaba allí arriba, en aquella espantosa prisión sin rejas ni techo, totalmente aislado del mundo circundante, de los restantes individuos de su especie.

Además vino una larga temporada de lluvias. Cuando llegó, estaba en el lecho del placer con Mayla. Al despertar por la mañana se encontró dentro de una pequeña, pero seca, choza que los ultraseres le

habían sin duda fabricado durante la noche, a distancia del emplazamiento de su pueblo. Aquella choza no tenía sino tres metros de profundidad por dos de anchura y otros tantos de altura, en apariencia estaba formada por ramas cuidadosamente encajadas en tierra y unidas entre sí en haces con bejucos, luego revestidas con arcilla. El techo parecía haber sido hecho con los mismos frágiles y primitivos materiales. Pero la verdad era que allí dentro no se colaba una gota, que el piso, algo alzado sobre el terreno circundante, estaba seco siempre y que en el interior de la choza no había más humedad de la que al aire libre durante los anteriores días soleados y oreados por la fresca brisa. Desde luego a Duarte no le sorprendió, ya conocía muy bien los poderes de sus captores.

Era infinitamente peor el tener que permanecer enjaulado, inmóvil, mirando desplomarse del plumizo cielo la lluvia continua, o sin ver prácticamente nada porque las nubes envolvían la meseta y allí arriba eran una densa masa gris negruzca rezumante de humedad. La locura acosó a Duarte en aquellas horas espantosas y le debilitó el cerebro de modo perceptible, a pesar de todos sus esfuerzos.

Cuando no podía más se quedaba totalmente desnudo y se lanzaba al exterior aullando, corriendo, dejándose empapar por la lluvia, chapoteando el barro, tirándose al suelo y revolcándose en agua y fango como un animal, hasta que sus nervios tirantes se aflojaban. Entonces volvía a la cabaña y allí se acurrucaba, mirando con fijeza a la lluvia, densa, a la niebla gris, mientras los lobos de la locura tornaban a morderle el cerebro.

Pero llegaba la maldita, la bendita noche, y los ultraseres volvían a vivir, alzaban su pueblo imposible bajo las copas de los grandes árboles, venían a buscarle y lo conducían a presencia de Mayla. Volvía a recorrer las habitaciones de mármol negro y malaquita envuelto en humo verde, a sentarse a la mesa heptagonal con Mayla a su derecha y los miembros del Consejo ocupando los otros lugares, a comer carne humana guisada con sangre humana y mezclada con las malditas salsas nunca iguales, siempre poderosamente excitadoras del paladar, en total silencio, servido por las camareras casi desnudas de erectos senos bamboleantes y odiosa, repugnante belleza.

Volvía a seguir a su dueña y señora como un perro dócil hasta la alcoba donde hacían el amor salvaje y ardorosamente durante horas y horas, atendidos por las dos camareras de siempre, en un ritual que se había convertido en la más refinada y cruel de todas las torturas concebibles precisamente porque se repetía una y otra noche monótonamente, lo mismo que el «Bolero» de Ravel, o que esas músicas alucinantes de los tambores del trópico, aunque siempre hubiera alguna

inesperada variante.

Volvía a hundirse totalmente agotado, en la oscuridad del sueño y ni entonces le llegaba el descanso, la paz, porque sus sueños se poblaban de atroces pesadillas sin nombre.

Volvía a despertar y estaba allí, en la choza mientras fuera la lluvia persistía enloquecedora, monótona hasta el paroxismo, y la niebla gris le vedaba incluso sentir el calor, el brillo, la luminosidad solar, contemplar el alto vuelo de las aves, envidiarles su majestuosa libertad, perseguir encarnizadamente a los habitantes de la meseta para desahogar con ellos su rabia, su pánico, su odio, su horror.

Un día y otro, y otro, y otro...

¿Hasta cuándo? ¿Y hasta cuándo lo podría resistir?

## Capítulo 7

U

INISTE a conocernos y saber. Sabrás, aprenderás, conocerás, muchísimas más de lo que imaginaste.

Se lo dijo «ella» —ya ni siquiera la llamaba, en sus elucubraciones, por su nombre entre dos abrazos—. Se lo dijo de un modo que le alzó una vez más los pájaros negros del miedo en los tuétanos.

Él no deseaba ver, ni saber nada más, tenía el cerebro como reblandecido, también la médula de los huesos, y los paquetes musculares, solo era un haz dolorido de nervios en tensión. Pero de nada le valdría decirlo, «ella» daba las órdenes él era su esclavo.

—Esta noche me acompañarás a ver algo que espero te crispe de excitación. Tranquilízate, no es nada que pueda dañarte. Pero como eres hombre y periodista, sin duda sentirás un intenso deseo de presenciar algo que ningún otro antes que tú contempló.

Fuera lo que fuese no estaba, sin duda, preparado para su placer, eso lo podía asegurar.

Volvieron a penetrar en las cavernas con la misma escolta de la noche en que presenció cómo mataban y destrozaban a la desconocida muchacha rubia. Pero ahora no fueron allí, sino que siguieron descendiendo más profundamente, tanto que perdió la noción del tiempo transcurrido.

En realidad era aquella una siniestra procesión de ultraseres silenciosos convergiendo hacia la galería que en amplias espirales se hundía en las entrañas del monte, atravesando a veces fantásticas bóvedas cavernarias tan grandes como iglesias; pero Duarte de Almeida solo podía percibirlos vagamente, casi más con una especie de sexto sentido que se le había ido desarrollando que con los cinco normales, dado que tan solo quienes escoltaban a él y a Mayla emitían los rayos verdes luminosos por sus ojos para alumbrarles el camino. Los demás parecían poseer también una especie de sonar, como los murciélagos, que les permitía moverse sin problemas en la densa oscuridad.

Por fin desembocaron en la más magnífica y enorme caverna que los ojos del periodista vieran, algo que incluso la fantasía de un pintor o poeta no podría plasmar ni describir. Debía ser tan grande como una catedral gótica, aparecía sostenida por fantásticos pilares formados por la unión de estalactitas y estalagmitas, de las primeras chorreaban

infinidad, de distintos tamaños y formas, desde el alto techo a más de treinta metros de altura, de las segundas debió haber muchas pero todas fueron bien eliminadas o bien trabajadas de modo que formaban asientos como troncos a alturas no superiores al metro. También parecían haber sido arrancadas, y alisado el suelo, algunas columnas estalagmíticas a fin de dejar despejado todo el centro de la gran caverna. Justo allí, en el mismísimo centro, quedaba el basamento colosal de una, tajado a la altura de tres metros, como un inmenso túmulo de caliza coloreada, de un barroquismo delirante...

Aquella gruta estaba ocupada por la totalidad del pueblo de Aguas Brancas, los ultraseres que regía Mayla. Debían ser varios centenares pero resultaban imposibles de contar.

Todos, varones y hembras, vestían la misma túnica color jade lechoso, traslúcida más que transparente, sin mangas y llegándoles a los pies. Todos también ceñían sus frentes con una cinta de oro, llevaban colgado del pecho como un pectoral heptagonal del mismo metal noble, con unos extraños dibujos geométricos y una esmeralda incrustada en su centro exacto. Todos estaban quietos como estatuas, salvo aquellos que iban llegando muy despacio por otras bocas de galerías...

Había ancianos, adultos, jóvenes y niños, por igual majestuosos, hieráticos, impenables. Ni el más leve murmullo emitían sus bocas, sus pechos, sus cuerpos inmóviles, hubiérase dicho que eran un pueblo petrificado. Sin embargo movieron las cabezas lentamente al ellos entrar y les miraron con sus ojos de muerto.

De lugares que semejaban incrustados en las paredes de la enorme gruta, en su techo también, en las enormes columnas de formas indefinibles, retorcidas, alucinantes, surgían haces estratégicamente dispuestos de luz verde, varios de los cuales convergían sobre el enorme basamento de estalagmita segado en forma de tabla o túmulo. Por lo demás la caverna estaba llena del gas verdoso, al que ya los pulmones de Duarte de Almeida se habían habituado.

Mayla se volvió a él apenas hubieron entrado, pero no le habló. Por primera vez desde que se conocían. Duarte «escuchó» sus órdenes dentro de su cerebro con absoluta nitidez:

—Sigue a tu escolta y detente donde ellos lo hagan, permanece quieto, mira, conoce, aprende y calla.

Luego ella derivó majestuosamente hacia la izquierda y una escolta de mujeres jóvenes de extraordinaria hermosura, en las que Duarte no había reparado, la flanqueó, alejándose con su «reina» hacia el fondo lateral de la enorme gruta y desapareciendo a su vista poco después.

Entonces se movieron quienes hasta entonces lo habían escoltado, abriéndole paso entre los ultraseres. Les siguió.

Hasta entonces no se había prácticamente encontrado solo entre la masa del pueblo de Aguas Brancas, su única experiencia anterior, por demás espeluznante, la constituía su expedición diurna a las cavernas, cuando despertó a algunos de su letargo o sueño. Sentirse de repente solo entre todos ellos le provocó un miedo frío, como si se viera introducido en uno de los antros del Hades helénico de los tiempos de Homero. Nada, en realidad, había tan semejante a este lugar donde ahora se encontraba como el submundo de las tinieblas donde descendió Ulises, para consultar a las almas de los muertos sobre su destino personal. Sin saber por qué, Duarte de Almeida se halló rememorando aquel sombrío pasaje de la Odisea, comparándose con el gran navegante y a los ultraseres con aquellas sombras sin sustancia a las que el olor a la sangre del cabrito recién degollado infundía un leve hálito de vida...

Sus escoltas fueron a detenerse en un lugar desde donde Duarte tenía una visión perfecta del gran tumulto estalagmítico y también podía contemplar el bosque de ultraseres inmóviles, como almas muertas esperando el sonido de la trompeta del ángel en la víspera del Día del Juicio Final. Aquel miedo helado se le fue metiendo en los tuétanos, en los sesos, en las más recónditas fibras de su ser. ¿Qué increíble, horripilante ceremonia se le iba a hacer presenciar? ¿Y por qué?

De repente, como movidas por un mecanismo electrónico de precisión absoluta, todas aquellas cabezas se movieron a una, las miradas de los ojos de los ultraseres convergieron en un punto determinado. Escalofriado, Duarte, miró también esperando un horror.

Era algo bien distinto. Una fantástica procesión se acercaba hacia el túmulo central. Flanqueada por doble fila de mujeres y hombres alternados, siete de cada sexo, entre los que se hallaban los dignatarios que él ya conocía, todos ellos vestidos de pura pedrería centelleante pero solo diamantes, esmeraldas y otras gemas de color verde o blanco, o en combinaciones de ambos hasta el infinito, que resaltaban de modo increíble sobre su piel canela más o menos oscura según sexos, venía Mayla.

Era una joven viva. Desde la magnífica corona a las sandalias, todo lo que de su espléndido cuerpo no estaba desnudo desaparecía bajo aquella catarata de pedrería centelleante a cada uno de sus lentos pasos. Llevaba el abundante cabello esparcido sobre espalda, hombros y pecho, pero ni un solo velo, únicamente pedrería en todas las gamas posibles entre el diamante y la esmeralda. Con una mano ceñía el cetro, con la otra un objeto de forma indescriptible que parecía estar vivo y tenía contornos claramente geométricos, que irradiaba aquella luz

verde característica de los ultraseres. Nunca mujer igual, ni semejante, pudo ser vista por seres humanos, pensó atónito Duarte de Almeida.

La asombrosa procesión llegó al gran tumulto estalagmítico y Mayla se detuvo justo a la altura del periodista. Entonces le miró, justo cuanto todos los ultraseres realizaban una genuflexión ligera de saludo a ella. Los rayos verdes emitidos por sus ojos, atravesaron la distancia que les separaba y penetraron a través de las pupilas de Duarte hasta su cerebro.

—«Elévate. Ve a dónde yo deseo».

Era la orden asombrosa.

Y de inmediato Duarte de Almeida se sintió alzado del suelo, ingrávido, flotante como un pájaro.

Aquella para él insólita sensación le embargó el ánimo y le impidió reaccionar. Pronto estuvo literalmente flotando en el aire por sobre las cabezas de los ultraseres, que habían completado su saludo a Mayla y de nuevo estaban erguidos. Ahora bien, ninguno de ellos pareció conceder la menor importancia al hecho de que anduviese ingrávido por entre el humo verde, ni lo miraron tan siquiera.

Y luego Duarte de Almeida se halló sentado en una especie de nicho abierto y varios metros de altura en una de las enormes columnas estalagmíticas. Desde allí podía dominar el fantástico espectáculo como desde un palco.

Mayla lo había conducido allí con la potencia de su mirada y de su mente, ahora dejó de mirarle y reanudó su majestuoso avance hacia el gran tumulto estalagmítico. Desde donde se encontraba, Duarte podía ver que la superficie del mismo estaba alisada como la de una mesa, brillante, pulida. La caliza tenía un color de jade, pero era de malaquita, una tabla de unos diez centímetros de espesor, la parte superior. Por lo que él podía distinguir, aquella tabla era de una sola pieza, de unos tres metros de longitud por unos dos y medio de anchura. Nada menos.

Al llegar al pie del alto tumulto, Mayla levitó. Se alzó del suelo suavemente y elevóse como una joya viva, refulgente en un millón de facetas que centelleaban, hasta alcanzar la plataforma de malaquita, en cuyo centro geométrico se posó.

Solo ella ascendió hasta allí. Los hombres y mujeres de su escolta, la gente del Consejo, levitaron para ir a situarse a todo alrededor del tumulto, pero en un plano más bajo, con los pies posados sobre salientes del mismo, semejando magníficas estatuas que adornaran el sepulcro de un gran soberano.

Mayla realizó con sus brazos y manos un amplio ademán terminándolo al juntarlas en una posición como implorante, apuntadas

hacia el techo de la gran caverna. Y se quedó rígida también.

Entonces comenzó el cántico.

Era un modo de llamarlo. No existían palabras en ningún idioma capaces de definirlo, en realidad. Se trataba de una armonía de tal belleza que crispaba y estremecía el alma, formada por sonidos inconcretos que se fundían en ella sin dejar su personalidad. Semejaba venir a todos los ámbitos de la caverna pero cuando Duarte, fascinado, sintió la vibración, se dio cuenta de que debían emitirla entre todos los ultraseres, especialmente cuando de los ojos de todos ellos brotaron relámpagos de luz verde dirigiéndose a un mismo lugar, el punto exacto a dónde indicaban las manos juntas y alzadas de Mayla. Se formó allí una increíble condensación de luz verde que de inmediato hizo resplandecer la caverna casi con tanta claridad cómo podría hacerlo el sol de tal color a media mañana.

Vibraban todos los ultraseres como generadores de energía puestos al máximo rendimiento, aquella vibración general formaba la armonía inefable. Se habían cogido de las manos con otros formando curiosas cadenas, estrellas de siete puntas claramente definidas que se entrelazaban. A todas luces todo aquello tenía un significado mágico.

Duarte solo tenía ojos, espíritu, sentidos, para asimilar en lo posible la asombrosa maravilla, la indescriptible escena que le era dada a presenciar.

Erguida sobre la mesa de malaquita en lo alto del túmulo estalagmítico, sus largos brazos costalados de pedrería tendidos hacia lo alto, las manos juntas y pegadas, Mayla semejaba la concreción de la energía pura. De sus dedos la convergencia de cientos de rayos verdes, emitidos por ella misma, y por todos los componentes de su pueblo se iba condensando en pura energía, ciertamente tomando forma. Tomando forma...

Duarte estaba sin advertirlo echado hacia adelante, los ojos casi fuera de sus órbitas, las manos crispadas sobre los salientes de la estalagmita, devorando la escena con todo su ser.

Y vio cómo, arriba, la energía emitida por todo el pueblo del ultraespacio se iba convirtiendo poco a poco en algo concreto y definido, en un Ser...

En un Ser del ultramundo, sin lugar a dudas. Ni siquiera en los lejanos tiempos, cuando la Tierra era señoreada por los dinosaurios, pudo existir en ella nada semejante a aquella cosa alucinante, indescriptible, formada, creada, evocada, o lo que fuera, por la energía mental concentrada del pueblo que debía adorarle. Tal era su apariencia a los ojos de un humano que llegó un momento en que, cuando aquella Cosa pareció mirarle, el cerebro de Duarte, incapaz de

resistirlo, se disolvió.

Le pareció que todo él volvía cenizas secas, que su cuerpo ya no existía como cosa concreta y definida. Un horror sin nombre, un miedo absoluto, se fundieron en él y solo fue eso ya, miedo y horror. Estaba conociendo, estaba alcanzando la Sabiduría...

Y ya no era nada. Nada. Nada.

## Capítulo 8

D

ESPERTÓ tendido en el lecho de Mayla. Pero no, no era el lecho de Mayla...

No lo era. Sí en un lecho, pero mucho más pequeño, así como la habitación en que se hallaba, semejante a aquella en que lo alojaron la noche de su llegada a la montaña. Estaba completamente solo, a oscuras, pero por alguna razón, sabía que era así, aunque sus ojos no podían comprobarlo.

¿Qué había sucedido? Lentamente su cerebro comenzó a funcionar y le fue devolviendo las imágenes de lo ocurrido en la gran gruta. Se estremeció con violencia al rememorar aquel Ser terrible, hecho de energía pura, al que evocaron los que le tenían a él en su poder.

Había debido desvanecerse incapaz de soportar su visión, su mirada. Sí, eso fue, sin duda. Y tal vez entonces cayó desde la altura...

¿Estaría muerto? ¿Sería esto la muerte? Si era así no se encontraba mal, solo muy débil, muy fatigado, con los huesos flojos...

Pero tales síntomas ya los conocía y no eran precisamente debidos a la muerte. No, solo debió quedar sin sentido y al verle caer le harían levitar. Podían, como hacer tantas cosas imposibles a los humanos. Debieron contar, lo debió hacer Mayla, con tal posibilidad.

Pensó levantarse, pero rechazó la idea al instante. Sentíase más a gusto tendido en la oscuridad, relajado. Era la primera noche, desde su pacto de sangre y sexo, que Mayla lo dejaba tranquilo.

Ahora ya lo sabía casi todo acerca del pueblo de Aguas Brancas. Y lo que sabía era tan alucinante, tan increíble, que si alguna vez le era dado retornar a su mundo y hablaba, o escribía... no le iban a creer. En cambio se haría famoso como inventor de las más descabelladas fantasías.

Pero no volvería jamás entre los suyos, se lo estaba diciendo una premonición. No le enseñaron tanto para dejarle ir a propalarlo, iban a retenerlo prisionero hasta el fin de sus días, o acaso acabara sirviendo de cena de Mayla y su Consejo...

De pronto se encendió allí dentro la luz verdosa que, como en todas las habitaciones aquellas, semejaba irradiar de más allá del techo a las paredes. Entonces descubrió que no se había engañado en su suposición. Estaba echado en un escueto lecho, en un extremo de un

cubículo de unos cuatro metros por acaso tres, un lugar ciertamente desnudo y mísero en comparación con todo lo que había visto hasta entonces en el palacio fantasmal de Mayla. Todo, techo, paredes, piso, era de mármol negro.

El mismo iba cubierto con una negra túnica, hasta los pies.

¿Eran sus pies? Súbitamente asustado se miró las manos. ¿Eran sus manos? El susto se volvió pánico.

No tuvo tiempo para más.

La puerta de aquel cubículo se abrió dando paso a Mayla, seguida por una de sus camareras que parecía portar algo y por dos de los que siempre lo escoltaban a él. Mientras que los otros detuviéronse apenas entrados, ella avanzó tres pasos a su encuentro, parándose justo en medio de la pequeña habitación, mirándolo fijo.

Venía vestida de negro, mejor dicho cubierta con una hopalanda transparente de aquel color que la cubría del cuello a los pies. No llevaba apenas otra cosa, ni siquiera joyas, y tenía un aspecto que congeló la sangre en las venas de Duarte.

—Veo que estás muy asustado —tampoco su voz era la de siempre, sino acerada, irónica, intensamente desdeñosa—. Cálmate.

Duarte se echó fuera del techo, poniéndose en pie y mirándola, porque otra cosa no podía hacer.

—¿Qué... qué...?

—¿Qué pasó? Es sencillo. Viniste a conocernos y a saber de nosotros, nuestros hábitos, creencias, todo. Es lo que has ido consiguiendo a través de estos sesenta días terrestres.

Sesenta días... Llevaba allí dos meses justos... ¿Tan poco tiempo? Le había parecido una eternidad...

—Es porque realmente has vivido mucho más. Toda una vida, para ser exactos.

Toda una vida... Sus pies y sus manos...

—Todo tiene un precio, Duarte. Lo tiene en tu mundo y también en el nuestro. Has gozado de mí como ningún macho de tu especie gozó jamás a una de sus hembras, te he dado a conocer formas, facetas, matices del placer que ignorabas pudieran existir. Diez grandes amadores de tu especie, uniendo sus experiencias de toda su vida, no podrían alcanzar lo que tú has conseguido en mis brazos, lo sabes.

Era verdad. Una espantosa verdad...

—Debo decirte que excediste mis esperanzas por eso también he sido complaciente contigo. Te contaré algo, voy a tener tres hijos de ti. Y eso significa que al fin está llegando la hora de nuestra liberación, que al fin podremos volver a nuestro hogar y que yo conduciré a mi pueblo en la primera parte del viaje de retorno.

Ella iba a tener tres hijos... ¿Cómo podía saberlo?

—Tenemos medios. Y es la primera vez, desde nuestra llegada aquí, que una mujer potenciada concibe tres hijos de una sola unión. Yo misma, hasta ahora, concebí y parí uno en cada ocasión. Pero allá en nuestro mundo las mujeres nunca paren un solo hijo cada vez, sino tres. Desde que llegamos aquí fue norma de supervivencia, dictada por Quien tú viste esta noche, la esterilidad total de todos los componentes de nuestro pueblo y la reducción de las mujeres potenciadas en su capacidad reproductora. Uno cada vez, hasta tanto las naves de rescate arribaran a las cercanías de este planeta. Cuando eso sucediera la mujer potenciada que en tal momento gobernara al pueblo concebiría de nuevo normalmente, esa sería la señal.

Así que iban a marcharse...

—Aún tardaremos unos doscientos años vuestros. Más para nosotros eso es muy poco. Por cierto, cuando nos marchemos apenas si quedará vida en este planeta, era nuestro gran miedo.

Duarte se estremeció de terror.

—¿Lo vais a destruir?

—No. Vosotros. Lo estáis haciendo ya. Nosotros jamás seríamos tan estúpidos y despiadados como para aniquilar incluso el mismo bioambiente sin el cual nuestra vida es imposible. Sois vosotros, vuestra aberrante y criminal especie, quienes os habéis atraído el castigo merecido.

Duarte recordó ciertas cosas que ya tenía olvidadas y volvió a estremecerse. Sin duda Mayla estaba diciendo la verdad.

—Por suerte nuestra abandonaremos este planeta antes de que también nos resulte muy difícil, o imposible, seguir sobreviviendo en él. La Gran Presencia nos es benévola, podremos regresar a nuestro hogar, mi espíritu reencarnará en otro cuerpo y así veré de nuevo los añorados paisajes, también todos cuantos permanecen aquí conmigo... Porque, ¿sabes? solo cambiamos el cuerpo físico, el espíritu lo conservamos y, al revés que vuestra imperfecta especie, nosotros no olvidamos nuestras existencias anteriores, sino que las diluimos en el presente al modo que el agua de los arroyos se funde en la del río.

Sería verdad...

—Has conocido mucho sobre nosotros y hasta pudiste ver a la Presencia, eso que los de tu especie llaman el Diablo porque no tienen la menor idea de lo que es. ¿Sabes por qué fuiste invitado a ello, por qué obtuviste tal honor? Ningún hombre de los que conmigo estuvieron antes que tú lo consiguió, pero tú has engendrado en mí tres hijos de una vez, has sido en cierto modo el mensajero de la Gran Nueva, nos has traído la mayor felicidad posible, aquella por la que suspirábamos

desde nuestra caída en este pequeño y olvidado planeta. Eso te concedía algunos privilegios.

Hizo una breve pausa. Duarte de Almeida estaba en vilo.

—Vas a ser transmutado. Eso significa que vendrás con nosotros, naturalmente no tu tosco cuerpo de humano, sino tu espíritu, esa diminuta pero perfeccionable chispa de energía que anida en tu cerebro. ¿Imaginas lo que eso significa? ¿Puedes?

Significaba ser transportado al lejanísimo mundo del que los ultraseres procedían, aquel mundo para él inconcebible con una estrella verde por sol y un mundo totalmente verde, blanco y azul, repleto de criaturas de formas delirantes... A un mundo frío, donde el rojo y brillante color de la sangre y el fuego no existían, donde el amor, el odio, el grito, la canción, no existían... Un mundo silencioso...

—Te equivocas totalmente. Piensas con tu muy imperfecto cerebro, imaginas que solo lo que aquí existe, lo que aquí conoces, es bueno, bello, grato. Y no es así. Nosotros también conocemos la canción, y los rumores del viento en la espesura, del agua clara y pura en el arroyo. También nuestros pájaros tienen gayos plumajes, nuestros bosques y selvas flores de hermosos colores. También allí hay muchas de las cosas que aquí, en tu mundo, solo que con formas distintas. La mayor diferencia es que nuestro sol emite luz verde en vez de amarilla, que nuestro cielo es verdeazul en vez de azul dorado. De noche también hay estrellas, solo que están colocadas de forma diferente y no son, desde luego, las mismas que desde aquí se ven. También hay una diferencia entre nosotros y vosotros. Nosotros desconocemos la enfermedad, la guerra, las desigualdades sociales, toda la crueldad, toda la miseria, todo el egoísmo y toda la violencia que forma parte consustancial de vosotros. Allí en nuestro hogar la vida es alegre, sencilla, fácil, muy variada la gama de placeres, y existe el amor, ese amor que entre vosotros es poco más que una mítica ilusión de vuestro perdido paraíso, pero comprenderás que no pueda existir tal amor entre tú y yo, por ejemplo.

Lo azotaba con un frío sarcasmo, pero a la vez le hablaba como una madre condescendiente a su pequeño hijo...

—Será distinto para ti cuando hayas sido transmutado, si a través del viaje logramos perfeccionarte lo suficiente. Si así no fuera habría que aniquilarte antes de llegar a nuestro hogar porque podrías introducir en él un nocivo germen de tu peligrosa especie. Pero confiamos, confío, en que no será necesario tomar tan drástica determinación.

—Así que mi suerte ya está decidida...

—Sí. ¿Te disgusta?

—No creo que yo cuente. Dominan mi voluntad, solo soy una especie de animal dócil...

—En efecto. Tengo tu mente, también tu energía. La necesitaba y te la he tomado.

—¿Qué... quieres decir...?

—Lo estás comprendiendo. Viniste aquí no por tu voluntad y libre albedrío, sino seleccionado y atraído. Antes de venir viste a uno de tu especie, al que tomaban por loco vuestros médicos especialistas, pero ante cuyo estado físico se encontraban perplejos. Sabían que solo contaba treinta y cuatro años vuestros, pero sin embargo su organismo era el de un anciano de ochenta... Recuérdalo...

Duarte de Almeida recordó. Lo había olvidado últimamente por completo, pero ahora el recuerdo le volvió con nitidez a la memoria y lo hizo estremecerse de pies a cabeza con un estremecimiento de terror. De modo que era aquello... Lo habían...

Se miró las manos. Eran manos de hombre muy anciano, puros huesos y piel, con las gruesas venas escleróticas, verdosas, hinchando aquella piel oscura y cubierta de manchas...

Al mirar a Mayla ella hizo un leve ademán y su camarera avanzó. Portaba un espejo que le puso delante a Duarte de Almeida.

Y Duarte vio reflejado en aquel espejo a un hombre muy anciano, con los cabellos blancos, escasos, la cabeza y la cara marcando los huesos bajo la piel manchada, arrugada, senil. Únicamente había algo de vida en los ojos alucinados y, curiosamente, conservaba toda la dentadura. Aquel anciano, aquella casi momia temblona de ojos alucinados, era él.

—Cada noche de pasión compartida conmigo perdiste la energía correspondiente a un año de tu vida terrestre, transmitiéndomela. Yo la necesitaba para poder concebir de ti, con menos habría sido imposible dadas nuestras radicales diferencias de potencias, genésicas, de toda índole. Puede decirse que chupé tu vitalidad como una sanguijuela, para que puedas entenderlo mejor. Ahora estás dentro de mí, tu sangre y tu vigor, tu simiente, en esos tres hijos que bullen en mi seno. Tú, en cambio, ya eres físicamente viejo, de un siglo Vuestro. También tu mente está reblandecida, solo la sostiene mi deseo. Ahora tu misión fecundante ha terminado, en premio vas a ser transmutado. Pero tu cuerpo para nada nos sirve, es un puro deshecho, ya extraje de él cuanto tenía de algún valor para mí, de modo que te devolveré al mundo de donde viniste reseco como un sarmiento viejo, con el cerebro lleno de imágenes incoherentes de todo cuanto aquí has vivido y aprendido, para que vuestros científicos se vuelvan locos tratando de descifrar lo que les digas...

Las palabras sarcásticas de Mayla resonaban dentro del cráneo de Duarte de Almeida como golpes de *gong*. Pero él no podía separar su mirada de aquel rostro de anciano, de centenario, que a su vez le miraba desde el espejo con ojos que se salían de sus órbitas. Ojos de loco, fijos, terriblemente fijos... Sus propios ojos y su propio rostro.

## Capítulo 9

S

ABEMOS que anduvo por acá, pero volvió a marcharse...

—No tengo la menor idea. Un día llegó con dos valijas en una camioneta, entró aquí y se puso a chacharear... Bueno, sí dijo que pensaba irse a la montaña, pero eso era cosa suya, usted me entiende, lo mío es despachar a mis clientes y no me meto en vidas ajenas...

—No recuerdo...

—No sé nada...

No había otro tipo de respuestas. Los hombres llegados de Florianópolis a Lajes, y de Lajes a Itipirá, en busca del rastro del conocido periodista Duarte de Almeida, desaparecido sin dejar rastro dos meses atrás, no lograban absolutamente nada.

—Nada en claro sacaremos de esta gente —gruñó el comisario Lazorovich, uno de tantos esclavos afincados en el país y ya ciudadanos del mismo—. Les conozco, aunque se les haga tiras no hablarán.

—Pues hay que encontrarlo, o al menos hallar su cuerpo si es que ha muerto. Almeida no era un cualquiera, tiene amigos de peso, están inquietos y preocupados, presionarán y puede costarnos el puesto —gruñó el alcalde de Lajes.

Estaba muy preocupado por la desaparición de aquel maldito periodista, de haber imaginado que era tan conocido y tenía tantos y tan influyentes amigos no lo habría tratado como lo trató...—. Así que apretaremos las clavijas a esta gente.

Apretar las clavijas a la gente tenía un muy concreto significado en aquella parte del mundo. Los policías de Lajes, no se anduvieron con chinitas desde luego.

—Bueno, parece ser que nadie de acá quiso echarle una mano en eso de subir a la montaña. Ya saben, son muy supersticiosos...

—Pero vamos al grano. ¿Qué es lo que hay con ese pueblo de Aguas Brancas?

—Miedo y superstición. Al parecer se trata de una aldea radicada en algún punto de la montaña, gente que se metió hasta allí hace mucho tiempo y allí se mantiene olvidada y rechazando a la civilización. Como suele ocurrir en estos casos, los habitantes de las poblaciones vecinas comienzan a hablar mal, luego les achacan todos sus males, luego los acusan de practicar brujerías...

—Pero alguien competente habrá estado allí, tendrán escuela, o policía, o algo, aunque sea un alcalde.

—Bueno, verán... Cuando me hice cargo del gobierno de este distrito realicé un recorrido por todo él... Aquí había mucho desbarajuste en todos los sentidos, mis antecesores se ocuparon solo de engordar... Incluso aquí, en Itipirá, no había maestro... Aquello está muy metido en los montes, en plena selvatiquez... Ni siquiera han pagado nunca impuestos, no conseguí encontrar a nadie que aceptara ir a residir allí, yo mismo habría necesitado viajar en helicóptero y la verdad, era mucho trabajo para tan poco interés.

—Yo estuve allí hace un par de años.

Todos los presentes miraron al hombre que así afirmaba. Era un individuo magro y reseco, a todas luces mulato aunque ya con gran proporción de sangre blanca. No mal parecido, con unos ojos de mirada extraña, magnética, fija, que desasosegaban. Había entrado por lo visto en aquella habitación sin ser advertido por los que en ella discutían.

—Mi nombre es Cabral López, tengo tierra cerca de aquí, soy conocido en la región —contestó a la entre irritada e imperativa pregunta del comisario—. Oí lo que andan buscando, por eso vine.

—¿Qué sabe usted del periodista Almeida?

—Me lo encontré hará como dos meses en plena selva. Yo iba detrás de un jaguar que me había comido una res, él montado en un viejo animal y un mestizo de Aguas Brancas lo guiaba. Cambiamos unas palabras y me dijo que se proponía hacer un reportaje sobre aquella gente, le advertí que se fuera con cuidado, pero lo tomó un poco a broma. Eso es todo lo que puedo decirles de él.

—¿Y de ese pueblo?

—No es ni siquiera un pueblo, apenas tres docenas de chozas y un centenar de personas, mestizos todos. Parece que subieron a la montaña hace un par de siglos, huyendo de la Inquisición portuguesa, y desde entonces han permanecido allí, evitando en lo posible el contacto con la gente. Cultivan la tierra y cazan, con eso se sustentan, han retrocedido a un grado casi salvaje de vida, hablan un portugués arcaico y desconocen casi todo acerca de la civilización, son muy refractarios a todo trato con desconocidos y aprovechan el miedo supersticioso que se les tiene en la región para salvaguardar su propia timidez. Pero cuando estuve allí, tras la primera reacción hostil se mostraron corteses, hospitalarios. Al marcharme me pidieron solo que no dijera a nadie donde estaba su poblado y cómo me habían tratado. Por lo que vi tienen tanto miedo a los demás como los demás se lo tienen a ellos.

Aquel hombre hablaba seco, claro, conciso. Los otros le escuchaban muy atentos.

—¿Cree posible que hayan dado muerte al señor Almeida?

—No, si no les dio muy poderosas razones para ello. Más bien creo que el periodista debió sufrir algún accidente desgraciado, o enfermar. Ustedes saben lo vulnerables que suelen ser los civilizados a ciertas enfermedades de la selva, sin contar con las culebras y otros bichos peligrosos. En el supuesto de que haya ocurrido algo de eso creo que la gente de Aguas Brancas habráse asustado y una de dos, lo enterraron en la selva o tiraron su cuerpo a algún río, para ahorrarse complicaciones.

—Entonces habrá que ir a averiguarlo. ¿Podría usted servir de guía a una expedición?

—Sí. Y será mejor que lo haga, tanto para tranquilizar a esa gente que ya me conoce mejor como para evitar que los expedicionarios cometan tropelías con ellos.

El tono y la mirada de aquel hombre eran tales que ni el alcalde de Lajes ni el comisario protestaron. Ambos, y los venidos de la costa, estaban sintiendo el influjo de aquella mirada firme y magnética.

Se dispuso con rapidez una expedición que debería partir de Itipirá. Mientras, las autoridades que la preparaban investigaron sobre el tal Cabral López; descubrieron que era hombre de peso en la región, un individuo más bien misterioso del que apenas nada se sabía, afincado de siempre allí, con una hermosa casa y unas hectáreas, bastantes, de terreno de cafetal, té y algodón, al parecer de una calidad poco común. Empleaba a dos docenas largas de hombres constantemente, tenía a dos guardaespaldas muy temidos y al parecer una bella esposa mestiza. Mucho y muy poco, configurando una singular personalidad.

De cualquier forma resultaba al parecer el más idóneo para guiar una expedición a Aguas Brancas y las autoridades decidieron confiársela. Partieron con él dos de los venidos de la costa, también el comisario, cuatro agentes de policía local con un cabo y ocho porteadores de víveres y demás, gente toda traída de Lajes porque en Itipirá no se encontró a nadie, ni ofreciendo un buen sueldo, que quisiera ir.

Tardaron tres jornadas en alcanzar las faldas meridionales de la montaña. Los venidos en busca de Duarte no podían decir que Cabral López estuviera dándole largas al asunto, a todas luces era baqueano del territorio. Pero la selva es la selva.

—Si llegamos en cuatro días podremos darnos por satisfechos. No solo es muy tupida y prácticamente sin caminos, sino que de la montaña parten cuchillas de terreno alto a las que hay que contornear.

Habían sido tres duras jornadas. Y ahora tenían delante a la montaña en toda su majestuosidad, casi cerrándoles el horizonte de visión.

—¿Qué hay allí arriba?

—Nada. Bueno, una meseta de cierta extensión. Por todo el Estado abunda este tipo de montañas, aunque esta es tal vez la mayor. Tiene casi dos mil metros de altura, unos diez kilómetros de diámetro en la parte baja, pero son medidas estimadas. Precisamente por esas leyendas acerca del pueblo de Aguas Brancas anduvieron hace unos meses por aquí con un helicóptero los del Servicio Cartográfico...

Entonces salió a relucir la historia del hombre encontrado sobre una balsa a la deriva en el Uruguay.

—Estas cosas no contribuyen desde luego a liquidar tales supersticiones. Lo más seguro es que el hambre y la soledad, tal vez el haber comido cualquier raíz, hoja o vete a saber, alucinógena, afectara al cerebro de aquel desgraciado.

—¿Y no es curioso que ahora Almeida haya desaparecido también en esta zona? ¿Han ocurrido antes otras desapariciones?

—No, que yo recuerde. Bueno, desde siempre ha habido gente aventurera que se vino a los montes y la selva buscando minas, o investigando cosas... La selva es la selva, suele cobrar en vidas sus secretos, eso lo saben ustedes como yo mismo.

—¿Cuándo llegaremos, según usted, a Aguas Brancas?

—Si no hay novedad, mañana sobre el mediodía.

Llegaron sobre la media tarde.

Habían tenido que sortear inesperadas dificultades y uno de los policías fue mordido en el cuello por una víbora aérea, que le cayó encima súbitamente sin darle tiempo a protegerse, ni a sus compañeros a otra cosa sino a matarla cuando ya era demasiado tarde. De haber mordido en otra parte el desgraciado habría podido salvarse, pero así fueron inútiles todos los esfuerzos hechos para ello.

—Vamos con mal pie —comentó sombrío el comisario mirando a los portadores, que parecían muy nerviosos y asustados. También los policías estaban ahora inquietos—. Eso no me gusta nada...

Llevaban un radioemisor, se comunicaron con los que se encontraban en Itipirá y dieron la infausta noticia, luego procedieron a enterrar al policía en plena selva por la imposibilidad material de transportarlo a Itipirá antes de que el cuerpo se corrompiera en aquella temperatura cálida y húmeda. Eso les demoró lo bastante como para que el sol estuviese en declive cuando llegaron a la linde de los campos cultivados que rodeaban la aldea de Aguas Brancas.

Pocos campos y cultivados por un sistema muy viejo. Como dijera Cabral López apenas tres docenas de cabañas casi de indios, alzadas sin orden ni concierto en una pequeña explanada sombreada por varios grandes árboles, un lugar estratégico y muy bien elegido. A uno y otro

lado de la explanada emergían de la montaña dos manantiales que caían en cascadas de singular belleza, flanqueaban en sendos arroyos espumeantes la explanada y se unían al pie del extremo de la explanada que se alzaba así, como una verdadera fortaleza. Los campos cultivados estaban abajo, en el valle estrecho que descendía hacia el Sureste tupido de selva. Aquel era un hermoso rincón y ciertamente merecía el nombre, porque ambas cascadas semejaban de plata líquida.

Mestizos. Mestizos de tres razas, gentes de piel oscura, ojos negros y rostros como tallados en piedra. No se veían niños ni muchachas, debían haberse escondido a la llegada de los indeseados visitantes. Los hombres, vestidos con ropas curiosamente parecidas a las de los cangaçeiros del Norte, calzados con sandalias, aguardaban impasibles detrás de los más viejos, tres o cuatro. Mujeres de edad indefinible se veían más lejos, en las entradas de las cabañas. Apenas medio centenar entre viejos, hombres y muchachos talludos. Apenas un par de docenas de ellas. No llevaban armas a la vista. Impresionaban con su silencio y su inmovilidad.

Tenían la mirada fija, fría, de los muertos, pensaron los miembros de la expedición al llegar ante ellos, fue un desagradable pensamiento. Pero Cabral López les habló con su voz metálica, pausada, explicándoles el motivo de su presencia allí y le escucharon.

—Si sabéis algo acerca de ese hombre es conveniente decírselo a los representantes del gobierno, lo contrario sería delito grave y podría acarrearos malas consecuencias.

El que parecía gobernador miró con fijeza al comisario y los dos venidos de la costa. No era nada fácil sostenerle la mirada, lo comprobaron enseguida. En cierto modo se parecían sus ojos a los de Cabral López.

—El hombre que buscan llegó aquí, en efecto. Pero contrajo unas fiebres perniciosas y murió.

Una afirmación lenta, una voz profunda, sin matices ni calor, muy impresionante, tanto como el silencio y la inmovilidad de los demás. El comisario tragó saliva y gruñó, procurando dominar la situación:

—¿Estás seguro de que murió de enfermedad, y no asesinado para robarle, o por alguna otra razón?

—Nosotros no mentimos ni robamos. A nadie llamamos pero recibimos en paz al que llega, como os estamos recibiendo ahora.

—No deben ofenderles —intervino, seco, Cabral López—. Si dice que Almeida murió de enfermedad, así debió ser.

—Puede... ¿Cuándo ocurrió su muerte?

—Hace una semana.

—Tuvisteis tiempo de enviar por un médico.

—Ningún médico habría podido salvarle. Ellos desconocen esa enfermedad y cómo curarla. Nosotros la conocemos y sabemos que el que la padece debe morir, no tiene cura.

Una tajante afirmación. Ni el comisario ni los de la capital del Estado osaron discutirla. Sabían que en la selva podían contraerse enfermedades misteriosas y terribles.

—Está allí enterrado. Y allí todas sus cosas, guardadas. Os las podéis llevar.

Primero fueron al punto dónde los de Aguas Brancas afirmaban que enterraron a Duarte de Almeida. Había, en efecto, una tumba rodeada de cantos rodados que la enmarcaban cuidadosamente. Sobre la cabecera, una curiosa cruz de madera negra, tallada con una especie de símbolos y encajados los brazos en el tronco con gran maestría.

En una de aquellas cabañas, por cierto limpias, secas, a todas luces mucho más confortables que las casas de la mayoría de los pueblos de la región, incluidas muchas del propio Lajes, amuebladas con muebles de excelente factura y formas extrañas, muy curiosas, en una habitación del todo vacía, sobre una estera en mitad de la estancia, se encontraban las valijas del periodista, sus armas también. Una somera inspección demostró que allí no parecía faltar nada, incluso el dinero estaba en la cartera.

—Todo esto está marcado, no lo hubiéramos tocado ni menos usado por nada del mundo. Os lo podéis llevar.

Supersticiones, naturalmente. Gentes retraídas del mundo para sustraerse a una cruel persecución, trayendo consigo sus costumbres y deformándolas, así como sus creencias, a lo largo de un par de siglos... Brasil es inmenso y en él conviven de todas las razas, los brasileños saben mucho de todo tipo de creencias, incluidas las más primitivas. También, naturalmente, de brujería y todo eso...

No era cosa de exhumar el cadáver de Duarte y transportarlo a través de la selva de Itipirá. Estaría corrompido y descompuesto, hediendo de modo insufrible. Por otra parte, el comisario tenía ya la certeza de que debió morir víctima de alguna enfermedad que las gentes de Aguas Brancas consideraban maldita. Mejor dejar sus restos bajo tierra, no fueran a contagiarles la fiebre mortífera...

Recogieron sus ropas, pero con toda suerte de precauciones, haciendo que las manipularan los de Aguas Brancas, y se las llevaron en unas parihuelas, sin tocarlas. A la gente de Aguas Brancas no la molestaron. La única noche que pasaron allí, a un lado del pueblo, muchos de entre ellos tuvieron desagradables pesadillas, como si gélidos seres de ultratumba, de miradas fijas que irradiaban una pavorosa luz verde, vinieran a contemplarlos en su sueño.

Nadie habló a nadie de tales pesadillas, pero cuando la caravana se alejó a la mañana siguiente de Aguas Brancas todos sus miembros sintieron vivo alivio.

Incluidos el comisario y los dos muy civilizados y materialistas individuos venidos desde la capital.

## Capítulo 10



s un caso realmente extraordinario, créame. Lo tenemos en observación.

—¿Qué tiene de extraordinario?

—Pues todo. Para comenzar carecemos de cualquier dato sobre su personalidad e identidad...

—Eso es bastante normal, ¿no?

—No lo es tanto cuando se trata de un centenario. A esa edad la gente no suele perderse por la sencilla razón de que, o tienen parientes que les cuiden, o están asilados, y de todos modos carecen de la vitalidad necesaria para alejarse mucho de su vivienda.

—¿Están seguros de que es centenario?

—Como mínimo noventa años. Basta con verle, pero además se le han practicado toda una serie de reconocimientos médicos, incluso con el doctor Pijavic, que como usted sabe es gerontólogo muy calificado. Su dictamen es positivo, concreto. Alrededor del siglo.

—Y no puede decirles nada sobre su persona...

—A esa edad sí es normal perder la memoria, el cerebro, como todo el resto del cuerpo, se degenera rápidamente.

—Pero al menos su nombre, algo...

—Ahí entra la parte extraordinaria. No sabe su nombre, ni ha podido darnos ningún dato acerca de su propia persona. En cambio se pasa el tiempo relatando inconexas historias fantásticas...

—¿Fantásticas?

—Figúrense. Cuenta que solo tiene treinta y cinco años, y que estuvo algunos meses en lo alto de una montaña cuya cima estaba plana, una meseta cercada por cerros artificiales, igual que una corona.

—Eso es absurdo...

—Eso no es nada. Según él en esa montaña habitan seres de otro mundo que llegaron hace miles de años a la tierra por accidente y que poseen poderes especiales tales como levitar, irradiar luz, por cierto verde, por los ojos, leer y dominar el pensamiento... Según él, en su mundo de procedencia su sol es verde y aunque son muy semejantes físicamente a nosotros tienen ciertas características muy diferentes. Para poder sobrevivir en nuestro ambiente necesitan respirar un aire, o gas, verdoso. Además, se han vuelto estériles a excepción de una

maravillosa mujer que oficia entre ellos como la reina en las colmenas y los hormigueros y que ha de ser fecundada por machos de nuestra especie a fin de que los hijos que salen de esa unión posean las suficientes características humanas, terrestres, para poder subsistir.

—Fantástico...

—De todo punto. Y también espeluznante. Nuestro hombre habla también de que esa gente se alimenta en especial de carne y sangre humana, utilizándonos más o menos como nosotros a los terneros, dice que él tuvo que comerla también, y presenciar el «destrozamiento» de una bella muchacha rubia. Que cada noche tenía justos siete «rapports» sexuales con la reina de esa gente y que por cada noche de amor perdió un año de vida y energía que pasó a aumentar la de su partenaire, algo así como cuando a uno le aplican sanguijuelas, durando su relación con ella dos meses justos...

—O sea, que si tenía treinta y cinco años y perdía uno por noche...

—Justo nos ponemos en noventa y cinco.

—Es asombroso. ¿Cómo una mente senil puede tener tanta imaginación? Parece increíble...

—Es como le digo. Eso sí, lo que le cuento no lo relata de un tirón, de modo hilado y lógico.

—¿Cómo, entonces?

—A trozos, mezclado con infinitas otras incoherencias sin sentido. Mejor dicho por entre la balumba de incoherencias surge y vuelve a surgir de vez en cuando ese tema de los seres de otro mundo y sus fantásticas, terribles, espeluznantes costumbres. Es como el tema de una dislocada sinfonía, unas veces soterrado, otras emergente.

—Confieso que ha excitado mi interés. ¿Dónde y en qué condiciones lo encontraron?

—Vagando por la orilla del río Tapajoz a unos seis kilómetros de Santarem totalmente desnudo y descalzo. Asustó mucho a quiénes le vieron, gente de ninguna cultura, comenzaron a agredirlo con pellas de barro seco. Por fortuna alguien con más sensatez y lógica imaginó lo que podía ser y avisó a la policía, que lo capturó sin dificultades y lo llevó a seguro. Cuando por su modo de expresarse comprendieron que era un demente nos avisaron.

—Y ni un indicio de cómo pudo llegar allí, ni quién pueda ser...

—Nada en absoluto. Hemos investigado, lo hizo también la policía, en todo el distrito de Santarem, sin resultados. No caben dudas de que se trata de un hombre educado, incluso, por su modo de expresarse, un universitario, y hace tres cuartos de siglo no había tantos en este país, tuvo, tiene, que pertenecer a una familia importante. Estamos haciendo todas las gestiones posibles, pero ni la policía ni nadie tiene noticias de

un casi centenario de buena familia que haya desaparecido.

—Bien, ha conseguido, mi querido amigo, excitar a máximo mi curiosidad. ¿Podría ver a ese pobre hombre? Supongo que no habrá ningún inconveniente en ello.

—Ninguno, en absoluto. Fuera de su total amnesia y sus alucinaciones se comporta de un modo muy pacífico, aparte de que no tiene energías físicas ni para caminar sin ayuda. Pasa casi todo el tiempo acostado y bajo vigilancia continua, solo asimila alimentos vegetales y jugos, no tolera la vista de la carne, reacciona con un horror intenso, afirma que es humana. No creo que dure mucho, está increíblemente acabado. Supongo que pasaría algún tiempo, aunque fuese poco, en la selva y que el terror, unido a los efectos de alguna droga le desquiciaron así el ya débil cerebro... En fin, ahora iremos junto a él y podrá examinarlo, precisamente le hice venir y le he contado todo esto porque quería darle a conocer el caso y tener su autorizadísima opinión...

Poco después, el director del Hospital Psiquiátrico del Estado de Pará, en las afueras de la ciudad de Belem, a miles de kilómetros al Norte de las montañas del Estado de Santa Catarina, y el profesor Cancedo, uno de los especialistas en enfermedades mentales más famosos de todo el país, amigo suyo y venido desde Sao Paulo por asuntos de su especialidad pocos días atrás, caminaban en dirección a una de las alas del amplio y modernísimo edificio, tratando del extraño caso.

Llegaron finalmente ante una puerta que el director empujó, entrando en una habitación clara, luminosa, aséptica, absolutamente hospitalaria. En ella, tendido en una cama ligeramente alzada para permitirle mayor comodidad, yacía un anciano.

Cualquier médico le habría calculado sin vacilar una edad muy avanzada. Tenía los cabellos totalmente blancos, la piel atezada, arrugadísima, y daba la impresión de que entre ella y el esqueleto no había nada. Un hombre aún vivo, pero casi momificado.

Sin embargo conservaba al parecer intacta la dentadura, detalle nada común. En sus ojos había una mirada errática y de las comisuras de los mismos salía un leve humor, también una ligera baba de las de su boca. Sus largas manos esqueléticas permanecían flácidas sobre la altura de la colcha de algodón. Una enfermera de edad mediana lo vigilaba y al ver entrar a los doctores se les acercó veloz, informando a media voz:

—Otra vez está con su espeluznante historia de siempre...

—¿De qué habló ahora?

—Verá, doctor, no resulta... Se puso a describir una experiencia

erótica tan vívida que, la verdad, me he sentido muy incómoda. Y mezclado a ella un relato odioso de canibalismo brutal...

Los médicos cambiaron una mirada comprensiva, luego se acercaron al anciano, examinándolo atentamente.

—¿Qué tal se encuentra hoy amigo mío? —inquirió con dulzura el director del hospital. Y la mirada del demente se le clavó con enorme fijeza, aunque en aquellos ojos solo había dos cosas, vacío y miedo. Un miedo muy profundo, de una clase especial.

Duarte de Almeida «sabía» que nadie creía sus relatos que nadie iba a creérselos jamás. Sabía también quién era, pero por muchos esfuerzos que realizaba no conseguía que su débil lengua emitiera los sonidos que formarían su nombre, ni ninguna otra indicación sobre su persona. Cada vez que lo intentaba y lo hacía continuamente, por su boca solo salían incoherencias sin ningún sentido, balbuceos...

Incoherencias y balbuceos para los otros, los de su propia especie. Él sabía que les hablaba en el idioma de los ultraseres, el idioma de Mayla, la mujer incomparable que le había robado la vida, el vigor, la mente y el espíritu, a fin de incorporárselos a un Ser que debía nacer de ella y que, a su debido tiempo, marcharía con ella y los demás hacia su lejano mundo verde, a diez mil largos años luz de la Tierra.

Dejándole su esqueleto, su piel y los embrollados recuerdos de aquellos dos meses espantosos durante los cuales fue su amante, comió carne humana y conoció todo lo que ojalá nunca hubiera deseado conocer.

Pero ya su suerte estaba echada, muy pronto aquel debilitado armazón que era su cuerpo reseco iría a parar a una huesa, cuando su muy debilitado corazón dejara de latir. Lo estaban deseando, sí, porque al menos esperaba entonces olvidarlo todo, hundirse para siempre en la Nada y no ser nada.

Mientras su espíritu, en el cuerpo de un ultraser hijo de Mayla, viajaba a través de la Vía Láctea hacia el lejano mundo donde el sol era verde, aquel maldito color frío, y aquí, en la Tierra, unos médicos que creían saber mucho y estar en posesión de mucha ciencia, se devanaban los sesos preguntándose cómo un hombre tan viejo, y desnudo, pudo sobrevivir en la selva allí donde el Tapajoz desagua en el Amazonas, a miles de kilómetros de la maldita montaña de Aguas Brancas.

Entonces se puso a contar cómo comió por vez primera carne humana, aún sin saber que lo era, y a describir la escena del banquete. Eso sí lo podía hacer de modo inteligible, pero de nada servía, porque en los ojos de aquellos médicos estaba viendo que no le creían, que le tomaban por un viejo loco con la mente llena de alucinantes fantasías.

Y eso casi le provocó ganas de reír.

FIN

# BIBLIOTECA RAPIDA

EASA

## TITULOS PUBLICADOS:



DRACUI  
SATANA...  
ISMO  
EL TURO  
EL AÑO 2001  
LA TORTURA  
DELINCUENCIA  
SUEÑOS Y VIDA  
LUZ Y TINIEBLAS  
EL HORROR NAZI  
LA HONORABLE TRATA  
EL MERCADO DE LA MUERTE  
EL EROTISMO EN LA MITOLOGÍA  
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS  
LOS TEMPLARIOS  
LO VERDADERO DE  
LAS PIRAMIDES

ONIROMANCIA  
LA INQUISICIÓN  
LOS REFORMATARIOS  
PERVERSOS SEXUALES  
LA DEMENCIA INCIPIENTE  
VISITAS COSMICAS  
FUEGO PURIFICADOR  
VAMPIRISMO  
LA REENCARNACION  
LUTERO  
LA NIGROMANCIA  
BRUJOS E ILUMINADOS  
EN TRANCE  
LAS HUELLAS DE LA  
MALDICION  
HISTORIA DE LA C.I.A.  
LA PENA DE MUERTE  
EL JUICIO FINAL  
VUDU, SANTERIA Y  
MACUMBA  
VISION MEDIUMNICA

**Pídalos en su kiosko favorito**

Distribuidores exclusivos en América:

**EDITORIAL AMERICA, S.A.**

6355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166 - U.S.A.

P.V.P. **40** PTS.